1035

Bajo la selva

Aurelio Diaz Meza

2

BAJO LA SELVA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Aurelio Díaz Meza

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN EL CERTAMEN DE 1913

IMPRENTA DE MEZA HNOS.
SANTIAGO DE CHILE
1914

El autor suplica:

A los señores directores de escena y actores, se den la molestia de estudiar las acotaciones de esta obra. Si después de estudiadas y observadas, los señores artistas creyeren que el autor no ha acertado, quedan en libertad para proceder en la forma que les dicte su talento y experiencia.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/bajolaselvacomed1412dazm

PERSONAJES

Doña Beatriz	25	años
Doña Juana	30	»
Doña Isabel	30	»
Don Martín Rodriguez	35	»
Alvar de Mendoza	30	»
Rodrigo	50	»
Juan Mendez	50	»
Alonso Díaz	45	»
Salazar	35	»
Gaspar Anrique	25	»
Quiñones	40	»
Macedo	30	»
Núñez	40	»
Pelentaru	60	»
Maulican.		
Curipan.		
Alcalde.		
Escribano.		

Comparsería

Piqueros y arcabuceros españoles.

Indios esclavos.

Trajes

De la época, segunda mitad del siglo XVI.

Acción

En la Araucanía, América Meridional, durante la conquista española.

Izquierda y derecha, las del actor.

609611

ACTO PRIMERO

La terraza de un fortín español, adornada con guirnaldas, banderolas y escudos. A la derecha, balaustra o baranda almenada, desde la cortina hasta el fondo, con dos practicables al foso. A la izquierda, primer término, puerta que va hacia el interior del fortín. Al fondo, escala a la parte alta, donde están las habitaciones del gobernador. Al medio, segundo término, un dosel, sin asientos, vuelto a la derecha. La terraza está preparada para una fiesta.

Al levantarse el telón, aparecen algunos indios que terminan los arreglos de ornamentación,

colocando guirnaldas y banderas, bajo la dirección de QUIÑONES Y NÚÑEZ. *Separados del grupo,* RODRIGO Y ALVAR, *inspeccionan y conversan.*

Es de día, media tarde.

NÚÑEZ

(A los indios, que están subidos sobre una escalera)

Clavad aquella guirnalda más arriba...

QUIÑONES

(A los mismos...)

Que haga juego con la otra... no tanto... así... así...

RODRIGO

Ese pendón debe quedar al lado de las armas de Castilla.

QUIÑONES

¿Al lado? Al frente, querréis decir, capitán Rodrigo.

RODRIGO

Vive Dios y que poco entendéis de heráldica,

alférez Quiñones! sabed que el pendón de Casa Laredo tiene el privilegio de ser colocado en toda ocasión al lado de las armas del rey... y apurad vuestro cometido, que no demora el regreso de los marqueses nuestros huéspedes, a quienes debemos agasajo y cumplimiento.

ALVAR

Creo que el marqués no tendrá sino elogios para vos y vuestra compañía.

RODRIGO

Así lo espero.

ALVAR

Y la marquesa y sus damas, a quienes habéis servido con esmerada galantería.

RODRIGO

¿Vos conocéis a la marquesa de mucho tiempo atrás...?

ALVAR

De pequeños jugamos juntos en Granada.

RODRIGO

(Con admiración)

¡Ah! Según eso, también conocéis al marqués...

ALVAR

Desde mis dieciocho años. Lo conocí en Flandes, cuando mandaba uno de los más famosos tercios del ilustre Alejandro Farnesio.

RODRIGO

Fuiste soldado...

ALVAR

Fuí su ayudante, en seguida alférez y luego capitán de su tercera compañía. Ganamos batallas que nos dieron honra y provecho; perdimos nuestras soldadas, nos jugamos el botín y aún algo del patrimonio de que esperábamos disfrutar...

RODRIGO

Sentáos, capitán. (*Se sientan en un banco*). Sois camarada del gobernador...

ALVAR

Soy su amigo, y me estima.

RODRIGO

¿Nunca os separásteis de él...?

ALVAR

Hacen siete años Al marqués lo mandaron con una embajada a Nápoles y a mí a Alemania con una compañía de arcabuceros. A los pocos meses supe que se había casado con doña Beatriz, la alegre compañera de mis juegos de niño... No supe más de él hasta hace un año, en que recibí orden de embarcarme en Cadiz, con mis arcabuceros, a las órdenes, nuevamente, de mi antiguo capitán.

RODRIGO

Recién nombrado gobernador de Chile...

ALVAR

En premio de sus grandes méritos. Así decía la orden.

RODRIGO

Y decidme, capitán Alvar, ¿es verdad que el

nuevo gobernador tiene las altas dotes militares con que se complacen en adornarlo sus cortesanos?

ALVAR

El marqués es uno de los más valientes capitanes de España...

QUIÑONES

(A los indios)

Al lado de la bandera, la guirnalda ..

ALVAR

(A Rodrigo)

Creo haberos dicho que perteneció a las banderas del duque Farnesio.

RODRIGO

Es verdad. Dios quiera que también aquí lo acompañe la misma fortuna!

NÚÑEZ

(A los indios)

Más abajo... más abajo.

ALVAR

¡También vos, Capitán Rodrigo! ¡También vos

dudáis de que el marqués pueda pacificar estos reinos y someter a estos infieles a la ley del Rey Nuestro Señor...! ¡No me hagáis reir...!

RODRIGO

Dudar de que Su Excelencia tenga dotes de gran soldado, no me es posible, mi querido capitán. Su Majestad lo ha creído y eso nos basta a sus leales servidores. Pero vos venís llegando, como él, y no conocéis aún como es esta guerra, capitán Alvar!

ALVAR

Pardiez, don Rodrigo, que me hacéis reir más de fuerza que de grado. ¿Creéis vos que estos salvajes, desarmados, incultos, andrajosos, puedan compararse con los bravos flamencos o con los rencorosos napoletanos? ¡Ja! Ja! Ja! Vaya. (*Se pone de pie.*) Dejadme ya, que debo esperar a la excelentísima gobernadora junto al puente levadizo, para tenerla el estribo y ponerla mi rodilla para escabel...

RODRIGO

No necesitáis esperar junto al puente, señor capitán, pues desde estas almenas podremos di-

visar a sus excelencias cuando estén cercanas al fortín. (*Se acercan a las almenas.*)

ALVAR

Tenéis razón, capitán. No había reparado en que desde aquí dominamos la plaza y calle principal.

RODRIGO

La plaza, la iglesia, el ayuntamiento y todo el poblado.

ALVAR

La villa, queréis decir; su Majestad le ha hecho merced de ese título.

RODRIGO

Efectivamente, la villa de Santisteban.

ALVAR

En honor del marqués gobernador.

RODRIGO

¿Vos no conocéis aún las dependencias de este fortín, señor capitán?

ALVAR

Comprenderéis que llegado ayer tarde, apenas he podido darme cuenta de algo.

RODRIGO

Me haréis merced si permitís que os guíe por los cuarteles y bastiones.

ALVAR

Capitán...

RODRIGO

Y así juzgaréis si nosotros, rudos soldados de estos reinos, sabemos construir un fuerte sin haberlo aprendido entre los maestres de campo de España y Flandes.

ALVAR

A mucho honor tendré, capitán, de ser precedido de tan leal servidor de su Majestad como vos.

RODRIGO

Un momento. (*A Quiñones.*) Alférez Quiño-

nes, si alguna duda tenéis de vuestro cometido, seréis servido de preguntármelo.

QUIÑONES

Descuidad, capitán Rodrigo.

RODRIGO

(A Alvar)

Pasad, señor capitán. (*Vanse con Alvar, izquierda.*)

NÚÑEZ

(A los indios)

Ese estandarte, más abajo.....

QUIÑONES

Oid, imbéciles! más abajo. (*A otro grupo.*) Allí falta guirnalda... poned más. (*A Núñez.*) Núñez, que traigan los sillones del dosel y los cojines.

NÚÑEZ

(Al Paño)

Traed los sillones...

QUIÑONES

(Al Paño)

Apurad... ¡Vive Dios! (*A Núñez*.) Se me ocurre, soldado Núñez, que hacéis mal en dejar sin vigilancia a esos esclavos. ¿No son de vuestra encomienda?

NÚÑEZ

Sí, señor alférez; pero trabajan.. .

QUIÑONES

Vedlos...

NÚÑEZ

(Mirando)

Ya vienen...

QUIÑONES

Pero estaban en holganza.

NÚÑEZ

Se me hace cuesta arriba interrumpirles el rato de alegría de que disfrutan cada vez que está entre ellos el viejo Pelentaru.

QUIÑONES

Habéis dicho Pelentaru; sabéis que su nombre es Francisco... (*A los indios.*) Apurad.

NÚÑEZ

Por Francisco lo bautizamos; pero él se hace llamar de los suyos con su antiguo nombre.

QUIÑONES

¿No se ha domado con el azote?

NÚÑEZ

Poco avanzaríamos con castigarlo diariamente por asunto tan nimio.

QUIÑONES

Avanzaríamos en moralidad. (*A los indios, que entran con dos sillones, cogines y alfombra para el dosel. Pelentaru entra con ellos, llevando un sillón.*) Bien holgáis cuando no se os vigila. (*Los indios no le atienden.*) Atended, Juan... tú Francisco...

NÚÑEZ

Pelentaru...!

PELENTARU

(Volviéndose y con firmeza)

Pelentaru!

QUIÑONES

A ver si te mando a la breta por quince días, imbecil...

PELENTARU

¿Por qué?

QUIÑONES

Tu nombre es Francisco; el agua del bautismo te dió ese nombre.

PELENTARU

Hacía mucho tiempo que me llamaban Pelentaru.

NÚÑEZ

(Interrumpiendo)

Continuad, Francisco y no contestéis a vuestros amos. (*Retírase Pelentaru.*)

QUIÑONES

Idiota...

NÚÑEZ

Los cogines sobre la alfombra, frente a cada sillón.

QUIÑONES

Acabad presto que ya debía estar todo listo.

NÚÑEZ

Y bajad en seguida... (*A los indios que están subidos en altillos*.)

QUIÑONES

Yo quisiera mandar un mes, ¡por Santiago! y ya podría el rey de España estar tranquilo por este reino.

NÚÑEZ

Sin embargo, hace ya más de dos años que la tierra está tranquila.

QUIÑONES

Sí; pero no olvidéis las bajas.

NÚÑEZ

Más de dos mil...

QUIÑONES

En Purén... ¿Y en Quilalebu?

NÚÑEZ

Ellos no tienen armas...

QUIÑONES

¡Voto vá! ¿Querríais que estuvieran armados como nosotros? ¿Que usaran cañones, arcabuces, pólvora y coraza? ¡Voto a Santiago! ¡Harto arriesgamos no teniendo ellos sino sus menguadas lanzas!

NÚÑEZ

Verdad es.

QUIÑONES

Y mucha, soldado Núñez... y creedme que si no os hubiera visto arrojado y valiente en la refriega, no tomaría buen parecer de vos, según lo que habéis hablado... Tenéis el brazo fuerte... pero el corazón muy blando...

CURIPÁN

(A Núñez)

¿Ordenáis otra cosa...?

NÚÑEZ

Ya no falta nada, según creo...

QUIÑONES

¡A ver! (*Inspeccionando*.) Las banderas, pendones, dosel, guirnaldas. Creo que todo está bien. (*A los esclavos*.) Oid vosotros: bajo ese dosel se sienta únicamente el Rey Nuestro Señor (*Reverencia*) o su representante. En estos reinos lo es S. E. el gobernador marqués de Santisteban, huséped de este fortín desde ayer, a quien se le deben los homenajes de respeto y de adhesión, que son de razón y ley. El es el príncipe y la marquesa, la princesa. Para ellos son las fiestas. Si pasan a vuestro lado, doblaréis la rodilla, no alzaréis los ojos para mirarlos; venid Núñez. (*Vase con él izquierda*.)

CURIPÁN

(*Receloso, cuando ya Quiñones y Núñez han salido*.)

¿Qué más...?

PELENTARU

(*Receloso*)

Chits... (*Pausa*.)

MAULICÁN

¿Cuantas lanzas?

PELENTARU

Dos mil sobre la Imperial. Todo incendiado... (*Muestras de aprobación*.)

MAULICÁN

¿Y el fuerte...?

PELENTARU

Los mapuches tomaron el fuerte... (*Los indios rodean a Pelentaru*.) Huincas prisioneros. (*Queda uno de vigilante a izquierda*.)

CURIPÁN

¿Cuántas mujeres?

PELENTARU

Veinticinco.

TODOS

¡Ah! (*Muestras de satisfacción*

MAULICÁN

¿Y nosotros?

PELENTARU

Esta noche. Mil lanzas están aquí cerca. Tres toques de trutruca. Nosotros aquí, en el fuerte. Las españolas, vivas a la montaña. Tú, Curipán, (*Señala*) a los cañones; tú, a bajar el puente; tú, al fuego; que arda mucho.

MAULICÁN

¿Qué más dice mensajero?

PELENTARU

Alzamiento en Villarrica, Purén, Confines, Valdivia.

CURIPÁN

¿Muchas lanzas?

PELENTARU

¡Muchas! como nunca! Matar, quitar caballos, cuchillos, arcabuces.

CURIPÁN

¿Y tú?

PELENTARU

Yo aquí, adelante, como en Purén; vosotros sois mios.

MAULICÁN

¿Y el Gobernador?

PELENTARU

Es mio; vivo a la montaña; amarrarle bien.

MAULICÁN

Nó; matarle...

PELENTARU

(Interrumpiendo)

Nadie lo mate; será mi esclavo...

INDIO

(Que estará vigilando a izquierda)

¡Quiñones!

PELENTARU

Ese... el primero. (*Hace ademán de matarlo; los indios se separan.*)

QUIÑONES

(Entrando izquierda)

¿Vosotros todavía? ¿Qué hacíais aquí?

CURIPÁN

Esperábamos si los amos mandaban algo...

QUIÑONES

¡Retiráos, holgazanes! (*Vanse algunos.*) Oye tú, Domingo. Vete al bastión de San Roque y dí al sargento Alduin de Palomera que aliste su encomienda para presentarla al gobernador.

CURIPÁN

Seréis servido. (*Reverencia y vase.*)

QUIÑONES

Tú, Juan, iréis a la casamata y le diréis igual cosa al sargento Pablo Gómez. (*Vase el indicado.*) Y tú, Francisco, iréis al puente, y me avisaréis cuando los marqueses y comitiva lleguen de su paseo...

PELENTARU

Pelentaru irá al puente... (*Reverencia.*)

QUIÑONES

¡Francisco! os llamáis Francisco...

PELENTARU

¡Pelentaru!

QUIÑONES

¡Francisco, salvaje! Francisco!

PELENTARU

Siempre me llamaron Pelentaru.

QUIÑONES

¡Silencio, ira de Dios! Aprehendedle. ¡A mí, soldado vigilante! (*Entra izquierda Núñez y otro soldado.*) Llevadle al rollo y que le apliquen veinticinco azotazos. (*Pelentaru vase primer practicable derecha con los soldados.*) Vosotros al rancho, bestias! idos! (*Los demás indios se van por segundo derecha.*)

RODRIGO

(Llega izquierda con Macedo)

Qué ocurre, Quiñones? (*Repara en el grupo de Pelentaru.*) ¿A quién mandáis al rollo?

QUIÑONES

A ese testarudo de Francisco...

RODRIGO

¿Al cacique... y por qué, si sois servido? .....

QUIÑONES

Lo he llamado por su nombre de cristiano y me alzó la voz.

RODRIGO

(Sonriente)

Son bárbaros, Quiñones, son gentiles y no comprenden que el nombre de un santo del cielo vale más que el que llevaron antes...

QUIÑONES

Señor capitán, la disciplina...

RODRIGO

(Interrumpiendo)

No trato de censuraros, señor alférez: solo quise haceros presente que la dulzura, con estos salvajes, dá mejor resultado que la violencia... y basta ya. Sed servido de ir al puente, que sus excelencias no tardarán; servid allá mientras yo

dispongo desde aquí lo que más convenga en su beneplácito.

QUIÑONES

Allá voy. (*Vase*.)

MACEDO

¿Si no he oido mal, habéis dicho que ese indio es un cacique?

RODRIGO

Efectivamente; es el ulmen Palentaru, de Purén, nuestro esclavo desde un par de años.

MACEDO

Y según parece, no está resignado con su suerte...?

RODRIGO

No lo creo, mi querido alférez. El cacique es un esclavo sumiso y obediente; pero tiene una debilidad... no le agrada que le llamen Francisco... quiere que se le llame Pelentaru, su nombre de salvaje.

MACEDO

La disciplina...

RODRIGO

Sí... la moralidad... la disciplina... Vos extrañaréis que yo, capitán de este fortín, Alcalde y Justicia Mayor de la villa, tenga estas expresiones de tolerancia con la testarudez de un esclavo....

MACEDO

Vuestro criterio de Justicia es el que debe primar, señor capitán.

RODRIGO

¿Os parece, alférez Macedo?

MACEDO

Vuestro criterio de Justicia, ayudada por la más alta, por la suprema Justicia.

RODRIGO

(Le da la mano)

Gracias... pero no nos olvidemos de nuestra interesante conversación. Decíais que en la Concepción...

MACEDO

Os decía que en la Concepción tenemos tres·

cientos ochenta hombres apertrechados y listos para una campaña. Ciento ochenta [illegible] ros de la compañía del capitán Alvar, toda gente veterana.

RODRIGO

¿De Flandes?

MACEDO

De Flandes, Nápoles y Alemania.

RODRIGO

¿Tenéis criollos del Perú?

MACEDO

Esa gente no inspira confianza a ningún oficial español.

RODRIGO

Lleváis razón, alférez; aquí tenemos buen número de criollos que prefiere ocuparse de siembras y de cultivos antes que de milicia. Mis soldados, la gente militar de este fortín, son apenas veintidos; el maestre de campo Alonso Díaz, el alférez

Quiñones, y vuestro servidor, el capitán don Rodrigo Acevedo, el Soriano (*Reverencia*.)

MACEDO

No sois muchos.

RODRIGO

!Quiá! y cuando me aprestaba a pedir a S E. más gente, oí decir al capitán Alvar que deseaba llevarse cinco de mis soldados a la Concepción·

MACEDO

Sabía el deseo del capitán Alvar, más no era su propósito quitaros esa gente, sino reforzar momentáneamente la escolta de S. E.

RODRIGO

¿Para el regreso?

MACEDO

Para el regreso. Yo, jefe de la escolta, lo hice desistir de su empeño. Me parece que ocho soldados son suficientes para la escolta y servicio del marqués, de la marquesa y de sus mercedes las esposas de los capitanes don Jaime González

y don Francisco de Salazar, que son las damas de la excelentísima gobernadora.

RODRIGO

Me parece justo.

MACEDO

Además, el camino es corto.

RODRIGO

Ocho leguas.

MACEDO

Que hemos andado en dos días para descanso de las damas. Pernoctamos en el convento franciscano de Quilmahue.

RODRIGÓ

Y además de los ocho soldados, vienen los capitanes...

MACEDO

Alvar y Salazar, el teniente Gaspar Anrique y yo; total, trece caballeros para la escolta de tres damas. ¡Es suficiente!

RODRIGO

¿Y el marqués... qué ha determinado?

MACEDO

Su Excelencia no piensa sino en que la fiesta de esta villa se realice con esplendidez nunca vista. Está enamorado de estos reinos y quiere dejar aquí recuerdos que perpetúen su apellido. Con deciros que había pensado en traer una compañía completa...

RODRIGO

¡Una compañía!

MACEDO

Para solemnizar el nuevo rango de esta villa y fortín... y que si hubo de prescindir de la compañía, no pudo hacerlo del eximio, donoso e inaudito poeta Gaspar Anrique, hoy teniente de capitán, gracias a que compone endechas a la luna y repite versos del Archipreste de Hita...

RODRIGO

Parece que os burláis, señor alférez.

MACEDO

No tal, señor capitán; hago este comento porque viene al caso... y a propósito: ¿estáis preparado para los juegos florales que ha organizado la marquesa?

RODRIGO

Si he de deciros verdad, alférez Macedo, no pienso disputar la flor, sabiendo, como sé, que a más del poeta Anrique, a quien vos zaherís, el capitán Alvar, Salazar, vos, el maestre Díaz y Quiñones concurriréis con versos y églogas que a mí no se me alcanzan. Donde yo disputaré será en cintas, parejas y cañas, y espero, Dios mediante, que mi estrella me dé a gozar del premio y de los honores de la victoria.

MACEDO

Allí me tendréis también a mí, capitán Rodrigo; pero creo que, para hacer la corte a la Gobernadora, debemos preparar alguna loa, aunque no venga el caso.

RODRIGO

Eso sí; yo repetiré unos versos del marqués de

Santillana, que aprendí de niño...

MACEDO

Mi concurso será con un trozo del Archipreste... (*Se ríe*.)

RODRIGO

Del inspirador del poeta Anrique.

MACEDO

El mismo; os contaré que en un descuido del dicho teniente le sustraje un manuscrito que resultó ser de poesías de Juan Ruiz, el archipreste; desde entonces, y de esto hace dos meses, Gaspar Anrique ya no recita versos nuevos en la tertulia de la marquesa... se limita a repetir los ya conocidos cuando no le dá por decir los que él compone, que son muy malos, dicho sea en verdad...

RODRIGO

Le tenéis fastidio al poeta, señor alférez.

MACEDO

No puedo negarlo, señor capitán; la tenencia

de que disfruta la había ganado yo sin hacer versos... Dadme la razón.

RODRIGO

No os la doy, Macedo; si queréis medrar no vayáis contra la corriente; el marqués quiere versos, pues haced versos; la marquesa quiere endechas, cantádselas y antes de entonar procurad saber si la señora prefiere voz de tiple o de bajo, para que cantéis en consecuencia; así seréis teniente, y luego capitán... (*Palmeándole el hombro.*) Seguid mi consejo. Veréis ahora que grata y conmovedora expresión he de poner en los villancicos del marqués de Santillana, que recitaré en el torneo floral.

MACEDO

Talvez tenéis razón, señor capitán.

RODRIGO

Sin talvez, mi querido alférez; recuerdo esta conseja de mi señor abuelo, corregidor de la coronada villa: «lo que los príncipes facen, bueno o malo, todos ensayamos de lo facer; si es bueno, por aplacer a nos mesmos; si es malo, por apla-

cer a ellos. Jugaba el príncipe, todos éramos tahures; estudia la princesa, agora somos estudiantes». Y esta es la verdad pura, querido alférez y aplicad el cuento;... mirad que llega el capitán Alvar...

ALVAR

(Entrando izquierda)

¿Hablábais de mí, señores?

RODRIGO

Precisamente de vos, nó, capitán; pero recordábamos que por disposición de la señora marquesa debemos presentarnos a Juegos Florales.

ALVAR

Efectivamente; yo me he aprendido de memoria una tirada de versos de un mi compatriota... y...

MACEDO

Vos tampoco los haréis...

ALVAR

¿Hacer versos? ¡No tal ..! Eso le corresponde

al poeta Anrique. Sin embargo, confío impresionar a los oyentes.

RODRIGO

A los que no sepan que vuestro compatriota habla por vuestra boca.

ALVAR

Eso es; desde luego descuento a vosotros y a la gobernadora, que si gusta de los decires rimados, conoce bien de quien son ellos.

MACEDO

Con efecto; no sé si recordáis aquella noche en la Concepción, que el maestre general don Juan Mendez recitó unas serranillas de grande efecto y que al acercarse a la marquesa para recojer sus parabienes, ella le dijo: habéis recitado las serranillas tan bién como lo hacía Lope de Rueda en el Corral de la Pacheca. ¡Ja! Ja! Ja!

ALVAR

Es verdad. ¡Ja! Ja! Ja!

MACEDO

Mendez hubo de confesar, ruboroso, que las

serranillas no habían sido compuestas por él. ¡Ja! Ja! Ja!

RODRIGO

Me haréis merced de decirme quién es ese Lope de Rueda y qué eso del Corral de la Pacheca.

ALVAR

Bien se conoce, capitán Rodrigo, que estáis desterrado en estos reinos hace ya muchos años...

RODRIGO

Treinta, capitán Alvar...

MACEDO

Treinta...

ALVAR

Algunos son... Lope de Rueda es un histrión que mediante a un permiso que ha obtenido del Consejo Real, representa farsas, comedias y autos en el Corral de Isabel Pacheco, en la calle del Príncipe de Madrid.

RODRIGO

Y allí va gente principal...?

ALVAR

Por de contado. Al patio va la mosquetería, provista de pepinos, berzas y otras especies arrojadizas, para brindar a los malos representantes; detrás del patio están las gradas para los hombres del pueblo y la cazuela para las mujeres y en los desvanes o aposentos, cuyas ventanas dan al Corral, se instalan las señoras de la grandeza y de primera calidad.

RODRIGO

De modo que la señora marquesa...

MACEDO

Era concurrente asidua a las representaciones de la comedia y por eso sabe mucho de versos y de trovas.

ALVAR

Además, a la corte del duque de Alba, donde ella asistía, en Nápoles, acudían troveros y poetas y de allí también la grande afición que la gobernadora tiene por estos juegos.

MACEDO

Ella misma compone loas y églogas (*Repique*

de campanas) oid; ya pasan los marqueses frente al templo (*Se acercan a las almenas*).

RODRIGO

Desde aquí podréis verlos llegar hasta el puente del fortín.

MACEDO

Allí están ya.

RODRIGO

Vienen sin escolta.

MACEDO

No ha querido Su Excelencia llevarla.

RODRIGO

Que bien montan las damas, señor alférez!

ALVAR

Son damas de calidad, señor capitán.

RODRIGO

Bien se conoce.

MACEDO

¿Vos correréis parejas en la fiesta, capitán Rodrigo?

RODRIGO

Indudablemente... y desde luego os desafío.

MACEDO

Os acepto las parejas y os desafío, a mi vez, a cintas y estafermo.

RODRIGO

¡Aceptado! ¿Quién será vuestra dama?

MACEDO

¿Quién ha de ser? Mi señora, la marquesa.

RODRIGO

Y también la mia.

MACEDO

¿Convenido?

RODRIGO

Dicho está. (*Se dan la mano.*)

ALVAR

¿No vais al puente, capitán?

RODRIGO

Esperaré en la escalera. (*Entra Núñez derecha.*)

MACEDO

Os acompaño, capitán Alvar.

RODRIGO

Id con Dios, galantes cortesanos.

MACEDO

Con él quedad, señor capitán. (*Vanse, saludando, derecha.*)

NÚÑEZ

Su Excelencia el gobernador ha hecho merced a Francisco de los azotazos que le mandara aplicar el alférez Quiñones. Os lo participo de orden del señor marqués.

RODRIGO

¿Ha vuelto Francisco a la cuadra?

NÚÑEZ

Sí, señor capitán. (*Vase Núñez izquierda.*)

QUIÑONES

(Entrando derecha)

Sus Excelencias han llegado y ya suben. (*Dos filas de piqueros entran derecha y se abren a ambos lados del proscenio para hacer calle al Gobernador y comitiva. Vienen Beatriz, Isabel y Juana, que visten traje de montar y de la época, siguen Salazar, Díaz, Alvar y Anrique.*)

RODRIGO

Bien venidos sean. (*Saluda ceremoniosamente, con una reverencia, al marqués y a la marquesa; esta le ofrece la mano y Rodrigo dobla la rodilla y la besa.*)

MARTÍN

¡Hermoso día, a fe, caballeros!

RODRIGO

Holgaréme de que Vuestras Excelencias hayan disfrutado de él.

MARTÍN

Vuestro maestre de campo nos ha mostrado paisajes hermosísimos... por cierto que me gustaría recorrerlos con más detenimiento.

RODRIGO

Sería grande honra para la vlla de Santistevan tener de huésped nuevamente a su amo y protector.

ISABEL

¿Vuestra excelencia reparó en aquel árbol que tenía una cruz y una inscripción al pie?

BEATRIZ

Efectivamente...

MACEDO

(A Rodrigo, mostrándole a Anrique)

Ved y admirad al donoso poeta Gaspar Anrique...

ISABEL

Según el maestre don Alonso, fué en ese sitio

en donde encontraron la muerte el jesuita Morales y sus tres infortunados compañeros.

BEATRIZ

¿Es verdadera esa relación, señor maestre de campo?

DÍAZ

Así se afirma, señora; y se agrega que los bárbaros les bebieron la sangre, quemaron los cuerpos y aventaron sus despojos.

SEÑORAS

¡¡Horror!!

BEATRIZ

Tanto odio abrigan estos gentiles hacia nuestra santa religión...

ALVAR

Yo creo, señora, que ese odio no es contra nuestra santa fe católica, sino contra los que aquí representamos la conquista de estos reinos para su Majestad el Rey Nuestro Señor. (*Reverencia del grupo.*)

BEATRIZ

¿Y son valientes?

DÍAZ

Son arrojados; se lanzan a la pelea sin medir el peligro ni sus consecuencias.

RODRIGO

¿Desearían Sus Excelencias subir a sus habitaciones?

MARTÍN

Por mi parte, prefiero permanecer un momento en esta magnífica terraza.

BEATRIZ

Yo pido licencia al señor marqués... Caballeros, no olvidéis que presidiré el torneo de cintas y cañas si quedo satisfecha de vuestros juegos florales...

MACEDO

Señora... protejéis las letras con desmedro de las armas...

BEATRIZ

Decis mal, alférez; quiero unir la péñola a la espada. Cuando sintáis deseos de cantar a vuestro Rey y a vuestra dama, señal será de que los amáis con devoción y convencimiento. (*Reverencia y vase con sus damas. Los piqueros les abren calle hasta la escalera del fondo. Sube la marquesa y vase con grandes reverencias de los caballeros.*)

MARTÍN

Preciosas vistas. (*Mirando al rededor.*) Habéis engalanado el fortín. Y aquí pusisteis un dosel.

RODRIGO

Para que Vuestras Excelencias presidan la ceremonia y las fiestas.

ANRIQUE

(A Macedo)

Se me ocurre, alférez, que no habéis estado correcto; la poesía...

MACEDO

Perdonad, teniente, que no admita vuestras

censuras. (*Le vuelve la espalda*)

MARTÍN

Habéis elegido un lindo sitio... en consecuencia, los caballeros justarán ..

RODRIGO

(Mostrando)

... en la plazoleta del frente.

MARTÍN

Veremos que hacen los capitanes recién venidos de la Corte.

SALAZAR

No esperábamos, por cierto, tener que presentarnos en justa...

ANRIQUE

La presencia de tan altas damas dará a los juegos todo su esplendor...

MARTÍN

Me olvidaba, capitán Rodrigo; al llegar cerca del fortín, vimos a un indio amarrado al rollo; a

pedido de la marquesa y de sus damas le hice gracia del castigo... No lo tomaréis a mal... (*Se sienta.*)

RODRIGO

Vuestra Excelencia es nuestro amo. No esperaría, por cierto, tan alto indulto el toqui Francisco.

MARTÍN

¿Toqui habéis dicho?

RODRIGO

Sí, señor marqués.

MARTÍN

¿Su nombre?

RODRIGO

Francisco, desde que está prisionero; antes era el ulmen Pelentaru.

MARTÍN

¿Vos lo aprehendisteis?

RODRIGO

Sí, señor marqués; en el encuentro de Purén, hace dos años.

SALAZAR

¡Vos mismo!

ANRIQUE

¡Buena presa! Merece un soneto.

MARTÍN

Contadnos cómo.

RODRIGO

No es nada de extraordinario, señor. En ese tiempo los indios de Purén, Lebu y Curalaba se unieron para atacar a nuestras tropas, que avanzaban sobre la frontera de Arauco, sometiendo a esas regiones y fundando fortines. Los bárbaros habían sido destrozados; los arcabuceros del capitán Núñez de Pineda y las picas de don Alonso Bermúdez hicieron estragos en aquellas huestes salvajes, guiados por el maestre de campo Alonso Díaz, aquí presente. (*Reverencia de Díaz*). Una noche acampamos a dos leguas del fuerte de Purén. Mi compañía regresaba de hacer una batida hasta las márgenes del Laja y la tropa venía trabajada pero no tanto para no rechazar con mucha ventaja y fortuna un asalto de más de tres-

cientos infieles que, al mando de Pelentaru, nos asechaban en la montaña. Hubimos de organizarnos y pelear, casi atropelladamente, en la obscuridad de la noche; pero nuestras corazas rechazaron el primer ataque alevoso y nuestro brazo castigó en seguida la traición y la rebeldía. Hicimos muchos prisioneros, uno de ellos fué Pelentaru. Huía trabajosamente, herido en la pantorrilla izquierda. Quiso defenderse aún, pero una lanzada del soldado Pedro Núñez lo echó a tierra. En Purén fué reconocido como jefe por sus compañeros. Se le bautizó, a pesar de su protesta y se le dió el nombre del señor San Francisco... y esto, señor marqués, es el único motivo porque ha recibido castigos...

MARTÍN

¿Por qué?

RODRIGO

Porque no admite otro nombre que el de Pelentaru.

ALVAR

Es curioso!

ANRIQUE

Risum teneatis amici.

SALAZAR

¿Y no ha tratado de volver a su tierra, de huir?

RODRIGO

Nunca.

MARTÍN

De modo que el castigo de que le hice gracia lo había merecido...

RODRIGO

Por esa manía... El alférez Quiñones... ante esclavos... la disciplina... (*Alvar se separa del grupo; síguelo Anrique.*)

MARTÍN

¿Está en calidad de indio amigo?

DÍAZ

De esclavo.

RODRIGO

¿Quisiérais verlo, señor marqués?

DÍAZ

Nada más fácil. (*Hace un movimiento*)

MARTÍN

Esperad... talvez no sería conveniente traerlo a él solo.

ANRIQUE

(A Alvar)

Es un librito así... de poesías... una joya.

ALVAR

Sí, alférez, sí; ya os he dicho que no lo he encontrado... (*Vase a las almenas.*)

RODRIGO

Se puede llamar a la encomienda del soldado Núñez, que es en la que asiste el toqui Francisco.

MARTÍN

Me agrada lo que proponéis, capitán; hacedlo así.

RODRIGO

(A Díaz)

Ya lo habéis oido, maestre Alonso Díaz. (*Vase Díaz derecha* .)

ANRIQUE

(A Rodrigo)

¿Y a qué hora empieza la ceremonia, señor capitán?

RODRIGO

Cuando su Excelencia lo disponga.

ALVAR

(Desde las almenas)

Los habitantes de la villa están ya en la plaza. Vedlos, Salazar.

SALAZAR

(Va a las almenas)

Efectivamente.

MARTÍN

Si todo está prevenido, que avisen a la señora marquesa.

ALVAR

Al momento. (*Vase por la escalera del fondo; Salazar vuelve junto a Martín.*)

MACEDO

Allí veo venir un grupo de indios.

QUIÑONES

Es la encomienda de Pedro Núñez. El toqui Francisco es aquel de la izquierda. (*Vuelve Alvar y se queda al fondo* .)

MACEDO

¿El del pañuelo colorado?

QUIÑONES

Sí, señor alférez. (*Vuelven junto a Martín* .)

ALVAR

¿Permitís, capitán Rodrigo? La chusma de la plaza se agrupa al rededor de un soldado.

RODRIGO

Perdonad, señor marqués. (*Vase junto a Alvar.*)

NÚÑEZ

(Entra con Díaz, un grupo de indios y Pelentaru)

Desfilad hacia allí. No os agrupéis. (*Los indios*

se colocan a la derecha, perpendiculares al público. Pelentaru en primer término.) Cuando Su Excelencia llegue hasta aquí, doblaréis la rodilla. Representa al Rey.

RODRIGO

(Vuelve del fondo con Alvar)

Quiñones, (*Acude Quiñones*) sed servido de informaros de lo que ocurre en la plaza. *(Vase Quiñones.)*

SALAZAR

¿Qué pasa, capitán?

RODRIGO

No me doy cuenta aún; parece ser que a un soldado le ha dado un síncope y lo auxilian.

MARTÍN

(A Núñez)

¿Esta es vuestra encomienda?

NÚÑEZ

Sí, señor gobernador. (*A los indios.*) Arrodilláos. (*Algunos lo hacen. Más fuerte.*) ¡Arrodilláos!

MARTÍN

Alzad. (*A los indios.*) ¿Sabéis quién soy yo? (*Pausa.*) No contestan?

RODRIGO

(A los indios)

¡Responded!

MARTÍN

Tú (*A Pelentaru.*) ¿Cómo te llamas?

PELENTARU

Pelentaru.

NÚÑEZ

(Interrumpiendo, asustado)

¡Oh, nó, señor gobernador...!

MARTÍN

Ese es nombre de bárbaro... ¿No te han bautizado?

PELENTARU

Sí...

NÚÑEZ

(Rectificando)

¡Sí, señor gobernador!

MARTÍN

¿Qué nombre te pusieron en la pila bautismal? (*Pequeña pausa.*)

NÚÑEZ

(Dudando)

Francisco...

MARTÍN

Responde tú, Pelentaru...

PELENTARU

(Con firmeza)

Ese es mi nombre.

MARTÍN

Estás bautizado...

PELENTARU

Yo no lo he pedido.

TODOS

(Amenazantes y sorprendidos)

¿Eh?

MARTÍN

¡Quietos caballeros! (*A Pelentaru.*) ¿Y por qué

rechazas un beneficio que el Rey Nuestro Señor quiere hacerte?

PELENTARU

No me hace falta...

SALAZAR

¡Voto a brios!

ANRIQUE

¡Es insolencia!

RODRIGO

¡Blasfemo, callad!

MACEDO

¡Castigadle!

MARTÍN

Señores...

ALVAR

¡Que se le arranque la lengua!

ANRIQUE

Dejadme, señor, que castigue el sacrilegio.

MARTÍN

(Enérgico)

¡Caballeros! ¡Soy yo quien habla! (*Pausa*.) (*A*

Pelentaru.) El nombre del rey es sagrado... has cometido una falta que merece duro castigo

PELENTARU

Dadme el que queráis... Soy vuestro esclavo... (*Rápidamente y con rencor*.) Como lo hubiera sido mio cualquiera de vosotros que hubiera perdido la batalla de Purén.

MARTÍN

¡Calla! (*Se retira disgustado*.)

ALVAR

Vive Dios que es intolerable!

TODOS

(Movimiento de protesta.)

RODRIGO

Hablad con respeto delante de vuestros amos!

PELENTARU

¡Perdonad! No sé decir de otra manera.

ALVAR

Son negados a toda luz.

DIAZ

(A Núñez)

Retiradlos. (*Se retiran derecha.*)

SALAZAR

No cabe más que el rigor.

MACEDO

¡Energía!

MARTÍN

Cabe también la dulzura, señores. Son ignorantes...

DIAZ

Sin embargo, señor; no confiéis demasiado en la dulzura.

MARTÍN

Estoy decidido a terminar en este año, Dios mediante, la pacificación de estos reinos. Espero vuestra obediente cooperación, que solo así será

definitiva la conquista. (*Suenan trompetas en la plaza.*) (1)

ANRIQUE

La ceremonia ha empezado en la plaza.

QUIÑONES

(Entrando derecha)

Capitán Rodrigo, un soldado de la Imperial llegó extenuado a las afueras de la villa, de donde ha sido traído hasta el puente levadizo.

RODRIGO

¿De la Imperial?

SALAZAR

¿Viene herido?

QUIÑONES

Sus vestidos están manchados de sangre y lodo. (*Aparecen los piqueros por la puerta alta del fondo y bajan precediendo a los pendones de Castilla y Santisteban y a la marquesa y sus damas.*)

---

(1) Los toques de trompetas, tambores y descargas deben hacerse en el foso y en forma que no hieran el oído.

ALVAR

La señora Marquesa (*Bajan Beatríz, Isabel y Juana.*)

MARTÍN

(A Quiñones)

¿No habla?

QUIÑONES

La fatiga se lo impide.

ALVAR

Ya alzan en la plaza el árbol de Justicia.

MARTÍN

Id, don Rodrigo, averiguad y noticiadme, que el caso me interesa. (*Mientras ocurre este diálogo, la marquesa y comitiva han bajado. Martín se adelanta; previa reverencia le ofrece la mano y ambos se acercan a las almenas y se muestran al pueblo.*)

VOCES

(Desde la Plaza)

¡Viva el señor gobernador! ¡Viva!

ANRIQUE

Que vivan muchos años los excelentísimos marqueses de Santisteban.

VOCES

(Desde la Plaza)

¡Vivan! (*Los caballeros de la escena agitan sus sombreros.*)

UNA VOZ

(Desde la Plaza)

Dios guarde a su Majestad don Felipe Segundo!

TODOS

¡Viva! (*Agítanse sombreros y espadas.*) (*Cañonazos, con bombo, cada minuto, desde que se muestran los marqueses junto a las almenas. Indios esclavos están colocados en las alturas, almenas y escaleras izquierda, adornando la terraza.*)

MARTÍN

Está entusiasmado el pueblo, capitán Alvar.

ALVAR

En efecto, señor marqués.

BEATRIZ

Veo muchos indios en la plaza.

SALAZAR

Son amigos, de los que viven en la villa

BEATRIZ

¿Y estos indios que están colocados en las almenas y bastiones?

DÍAZ

Son los sirvientes y esclavos del fortín, señora marquesa.

BEATRIZ

Bello espectáculo, a fe, señores. Hay movimiento y alegría en la villa de Santisteban.

DÍAZ

Todo ese movimiento y alegría lo provocan Vuestras Excelencias y las hermosas damas de su cortejo.

BEATRIZ

Galante sois, maestre Díaz.

DÍAZ

Soy hidalgo, señora, y español.

SALAZAR

Ya concluyó el fraile la bendición del árbol de Justicia.

MARTÍN

Ahora debe venir el Cabildo a pedirme acatamiento y a leer al pueblo la Real Cédula.

ALVAR

Los regidores con su Alcalde atraviesan el puente.

MARTÍN

¿Ya vienen?

ALVAR

Sí, señor marqués.

MARTÍN

(Toma de la mano a la marquesa y la conduce al dosel)

No los hagáis esperar. (*Se sientan.*)

RODRIGO

(Entra agitado con un pliego en la mano; se acerca el marqués y le habla en voz baja)

El soldado ha muerto, señor marqués, sin recobrar la palabra; en su ropilla encontré este pliego para vos.

MARTÍN

¿Para mí? (*Recibe el pliego.*)

ALVAR

Avance el Ilustre Ayuntamiento. (*Entra el Alcalde seguido de tres regidores. El Alcalde lleva sobre un almohadón un rollo lacrado que presenta al marqués; hincan la rodilla ante el dosel* .)

ALCALDE

El Ilustre Ayuntamiento de esta villa de Santisteban, que hasta ayer se llamó el fortín de Santa Cruz, presenta a V. E. una real cédula que debe darse a conocer al pueblo en este solemne acto del cambio de su antiguo nombre por el altamente honrado del vuestro, para recordación de la posteridad. Vos, como Justicia Mayor del

Reino, por su Majestad, debéis acatar primero esa Real Orden y hacerla cumplir. Prometedlo.

MARTÍN

(Toma el rollo y lo pone sobre su cabeza)

Acato y cumplo. (*Lo besa y lo devuelve.*)

ALCALDE

(Recibe el rollo, lo besa a su vez y lo entrega al escribano)

Escribano, leed. (*El escribano sube a un lugar donde domine la escena y se prepara a leer, vuelto hacia la plaza.*)

MARTÍN

Capitán Alvar...

ALVAR

Señor...

MARTÍN

Servíos de imponeros de ese pliego y darme noticia rápidamente. (*Le da el pliego que le trajo Rodrigo. Alvar lo recibe y se retira a primer término izquierda, para leerlo.*)

ESCRIBANO

(Leyendo seguido)

Don Felipe Segundo, por la Divina Clemencia, Rey de Castilla, de León, de Aragón y de las islas y tierra firme del mar Océano. Por cuanto Nos somos informados que en la provincia de Chile, que es en nuestras Indias del mar Océano, ha muchos meses que está trazado un fortín e pueblo de españoles e naturales, vasallos de Nos, llamado la Santa Cruz e porque el dicho pueblo se

ALVAR (1)

(Abre el pliego y lee)

Santo Dios... ¡Muertos...! Incendio... ¡Ira del cielo!

RODRIGO

(Que ha oído las exclamaciones de Alvar)

¿Qué ocurre, capitán?

ALVAR

Una catástrofe. La

(1) Este diálogo debe desarrollarse *durante* la lectura que hace el Escribano y se recomienda a los actores que lo hagan empalmar con la última frase de la Real Cédula, en la forma en que está dispuesto. Si la Cédula resultara larga, apesar del cuidado que ha puesto el autor, se ruega a los señores directores de escena que la acorten hasta obtener lo que el autor ha buscado.

Imperial incendiada y muerto su capitán.

RODRIGO

¡Maldición!

ALVAR

(Sigue leyendo)

Piden socorros...

RODRIGO

Hay que enviárselos al momento.

ALVAR

No hay tiempo que perder. (*Se acerca el marqués.*)

RODRIGO

Dios ilumine al marqués...

ennoblezca e vaya en más crecimiento y las personas que en él han poblado y en adelante fueren a poblar en él estén y residan con más voluntad en el dicho pueblo, y para premiar a nuestro Gobernador que allí manda en nuestro nombre, mandamos que dicho pueblo de Santa Cruz se llame e institule de aquí en adelante y por siempre jamás, la villa de Santisteban, que es el nombre de nuestro gobernador, capitán general y Justicia Mayor del dicho reino de Chile y mandamos a nuestros infantes, duques, prelados, marqueses, ricos homes, maestros de órde-

ALVAR

(Se acerca al dosel y habla en voz baja)

Señor...

MARTÍN

(Igual)

¿Qué dice el pliego?

ALVAR

Una gran desgracia. La Imperial incendiada.

MARTÍN

¿Eh? (*Grande impresión.*)

ESCRIBANO

(*Desde que ha empezado a leer la Real Cédula, en voz alta, debe continuar la lectura en el mismo tono, sin interrupción y sin preocu-*

nes, priores, comendadores, alcaldes de Castillo, casa y corte, veinticuatro, corregidores, gobernadores, alcaldes, alguaciles, homes buenos de nuestros reinos, Indias, islas y Tierra firme del mar Océano, que guarden, cumplan y hagan guardar y cumplir lo que en esta nuestra carta se manda, so pena de la Nuestra merced e de veinte mil maravedises para nuestra cámara. Dado en la villa de Madrid a cuatro días de Enero.—Yo, el Rey.

parse del diálogo, tomando, eso sí, la precaución de empalmar aquí.)

Yo, el Rey. (*Besa la firma y se baja.*)

MARTÍN

Señor Alcalde, (*Muy impresionado, pero con mucha entereza,*) si la generosa Majestad del Rey Felipe quiso honrar mi estirpe dándole mi nombre a aquesta villa, mi limpio nombre aquí se queda y mi espada velará junto a ese escudo (*indica el de Santisteban*) por el Rey don Felipe y por España.

ANRIQUE

¡Viva el marqués!

VOZ

(*De afuera.*)

¡Viva el Rey Felipe!

VOCES

(*De afuera.*)

¡Viva, Viva!

MARTÍN

Capitán Rodrigo, suspended las fiestas. (*Vase Rodrigo.*) (*El marqués toma la mano de Beatriz, baja del solio y se presenta, como al principio, frente a las almenas.*)

VOCES

(De la Plaza)

¡Vivan los marqueses! ¡Vivan!

MARTÍN

¡Viva el Rey!

TODOS

(Ajitan sus sombreros, picas y espadas)

¡Viva, Viva! (*Martín toma de la mano a Beatriz para conducirla al pie de la escalera.*)

BEATRIZ

¿Ahora empiezan los juegos, señor marqués?

MARTÍN

Nó, señora; los he suspendido.

BEATRIZ

(Sorprendida)

¿Qué ocurre?

MARTÍN

Ya lo sabréis. (*Continúa el bullicio en la Plaza, cañonazos y arcabucería y vivas, que poco a poco se van apagando. Martín conduce a Beatriz hasta el pie de la escalera del fondo. Los caballeros le hacen calle y mientras la marquesa y sus damas se retiran, la comparsería se retira también. Antes de entrar la marquesa a sus habitaciones, hace una reverencia a los oficiales que quedan en escena y es correspondida con grande acatamiento por estos. Solemnidad.*)

MARTÍN

(*Se retira con Alvar a primer término izquierda. Los oficiales forman grupo a la derecha, comentando la paralización de las fiestas.*) Alvar, leedme el pliego.

ALVAR

Dice así: «Comunico a V. E. que anoche fui-

mos asaltados por una indiada de más de mil salvajes, que empezaron por incendiar las sementeras y luego la ciudad. Se organizó la defensa en las calles y en el fortín. El capitán Fernández, el maestre de campo Gonzalo Andana y siete soldados cayeron en la refriega. Los demás estamos atrincherados en la Catedral. Los rebeldes se han llevado muchos prisioneros. El soldado portador de este pliego referirá a V. E. más pormenores. Ruego a V. E. se digne mandar socorros a esta guarnición. A dos días de Noviembre. El Capitán Alcérreca. (*Pequeña pausa.*)

MARTÍN

(Decidido)

¡Aquí los capitanes! (*Acuden Rodrigo, Salazar y Díaz.*) ¿Estáis amunicionado capitán Rodrigo?

RODRIGO

Sí, señor marqués.

MARTÍN

¿Cuántos soldados tenéis?

RODRIGO

Veinte aguerridos.

MARTÍN

Reunidlos en un instante y partid a la Imperial. Reemplazaréis al difunto capitán Fernández (*Se descubren todos*) que Dios haya en su gloria, mientras dispongo con más calma lo que convenga al servicio de Su Majestad.

RODRIGO

Agradezco a V. E. esta prueba de su confianza. (*Reverencia.*) ¿Debo partir con mis oficiales?

MARTÍN

(Pausa)

Dejad al maestre Díaz a cargo de la guarnición. (*Vase Rodrigo con Quiñones.*) Salazar, partid a la Concepción. Debéis salir de allí esta misma noche, por el camino más corto, con cien soldados apertrechados para reforzar los fortines de Purén, Arauco, Nacimiento, Angol y Llaima. Organizaréis batidas y aguardaréis listos mis órdenes. (*Corneta afuera.*) Diréis a mi maestre Juan Mendez que salga con el grueso de la tropa en dirección a esta villa. Lo espero mañana antes de medio día, sin perjuicio de que mande

esta misma noche una compañía de avanzada. Id capitán.

SALAZAR

(Reverencia)

Os recomiendo a mi esposa, señor marqués...

MARTÍN

Mañana saldrá con doña Juana y la marquesa, para la Concepción; estád tranquilo. (*Reverencia y vase Salazar.*) A tiempo de marchar, despedíos, capitán. (*Pausa.*) Maestre Alonso Díaz, reemplazaréis a Rodrigo en este fortín, con la tropa de mi escolta; prevenid al teniente Gaspar Anrique y a Macedo. (*Vase Díaz con Anrique y Macedo.*)

ALVAR

Señor marqués... os olvidáis de mí...

BEATRIZ

(Baja acompañada de sus damas, algo ajitada)

¿Qué ocurre, señor marqués ..?

MARTÍN

(A Alvar)

Mañana os destinaré, capitán Alvar; esta noche hacedme compañía.

BEATRIZ

Veo extraño movimiento de tropas y el pueblo, en la plaza, ha cesado en sus juegos.

MARTÍN

Noticias graves, señora. Los infieles han asaltado la Imperial y he dispuesto que parta don Rodrigo a darle auxilio, al propio tiempo que he mandado a Salazar a la Concepción para que de allí salga a resforzar la frontera.

ISABEL

Salazar... señor marqués... permitiréis que antes de partir...

MARTÍN

Descuidad, señora; vuestro marido vendrá a despedirse de nosotros.

BEATRIZ

¿Y vos, señor marqués, partiréis también?

MARTÍN

También, señora.

BEATRIZ

(Tímidamente)

¿Me llevaréis antes a la Concepción...?

MARTÍN

Creo que saldré a campaña desde aquí...

BEATRIZ

¡Señor marqués...!

MARTÍN

Los vasallos leales, señora, acallan el corazón cuando el deber lo manda...

SALAZAR

(Entrando)

Señor marqués, mi caballo espera...

MARTÍN

Aguardad un instante, Salazar.

BEATRIZ

Si tuviérais que pelear en otra guerra, Don

Martín, no estaría tan inquieta como ahora que vuestros enemigos son bárbaros... (*Salazar, Alvar, Isabel y Juana forman grupo a un lado para dejar a Martín y a Beatriz, separados, en primer término.*)

MARTÍN

Si ardo en deseo de salir a esta guerra; por tantos guerreros decantada y por mí desconocida, es porque confío en que mi estrella me ha de conceder un reino para mi Rey y la exaltación de la santa fe católica al amparo de mis banderas nunca vencidas.

BEATRIZ

Sin embargo, Don Martín! cuidáos de vos... de vuestra mujer... pensad en que estamos tan lejos de nuestros solares... de nuestro hijo.

MARTÍN

(Con gran énfasis y fanfarronería)

Don Martín Rodríguez, marqués de Santisteban, caballero de Santiago, gobernador, capitán general y Justicia Mayor del Reino de Chile, solo busca brillo para su escudo y empleo para su espada....

RODRIGO

(Entrando)

Mis soldados y su capitán esperan vuestra venia, señor marqués.

MARTÍN

¿Cuándo creéis llegar a la Imperial?

RODRIGO

Mañana con el alba.

MARTÍN

¿No teméis contratiempos?

RODRIGO

Estas regiones hasta Purén, están sometidas, señor marqués; de Purén a la Imperial tomaré mis precauciones.

MARTÍN

¿Pasaréis por Nacimiento?

RODRIGO

Después de media noche

MARTÍN

Prevenid a esa guarnición de que mañana recibirá refuerzos. Partid, capitán; batid a los rebeldes pero evitad los horrores de la guerra. Que Dios os guarde.

RODRIGO

Con El quedad, señor marqués. (*Reverencia.*) Señora... (*Le besa la mano y vase.*)

MARTÍN

Salazar...

SALAZAR

Señor...

MARTÍN

¿Recordáis mis órdenes?

SALAZAR

Exactamente.

MARTÍN

¿Estaréis en la Concepción a la queda?

SALAZAR

Antes; un poco después de oraciones.

MARTÍN

¿Y saldréis con esos cien hombres...?

SALAZAR

...una hora más tarde.

MARTÍN

Seguiréis hasta la Imperial para ayudar a Rodrigo, si ello es necesario. Partid y que Dios os guie, capitán Salazar.

SALAZAR

Con El quedad, señor marqués. Señora... (*Le besa la mano; da un beso a su mujer, entran Díaz y Macedo y vase Salazar.*

DÍAZ

Vuestras órdenes están cumplidas, señor marqués.

MACEDO

Vuestra escolta guarnece la villa y fortín de Santisteban. (*Óyese un toque de corneta en el foso.*)

DÍAZ

El capitán Rodrigo se pone en marcha. (*El*

marqués, las señoras y oficiales se acercan a las almenas y hacen señas. Cuadro. Se oye, en voces que se van perdiendo, una salve que cantan los soldados de Rodrigo.)

MARTÍN

Dios proteja las huestes castellanas! (*Los caballeros se descubren y todos inclinan la cabeza.*)

PELENTARU

(Aparece izquierda, ojalá en alto, con mucho rencor)

¡Partid, huincas! Allá encontraréis la misma muerte que hubiérais hallado esta noche en el fortín de Santisteban!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Noche. Sala del fortín, puesta con cierto lujo. Muebles de la época. Candelabros. A la derecha una mesa con carpeta larga y un sillón al lado, con cojín al pie. Sobre la mesa papeles y un rollo grande, que es un plano. A la izquierda, divanes o taburetes para las damas. Al fondo, ventana ancha, que al abrirse, dejarán ver las partes altas del fortín y a lo lejos, los techos de las casas, campanario, etc., de la villa en pleno incendio. En primer término, puertas a izquierda y derecha, al fondo izquierdo otra puerta que dá a un pasi-

llo obscuro. Se supone que esta sala de la escena está situada en la parte alta del fortín, cuya construcción es de piedra.

Al levantarse el telón aparecen MARTÍN *y* BEATRIZ *en amorosa plática.*

BEATRIZ

Fué un día como el de hoy, claro, de sol brillante.

MARTÍN

Lo recuerdo

BEATRIZ

Los bulutineros iban diciendo por calles y plazas tus hazañas más recientes...

MARTÍN

El famoso asalto a la fortaleza de Labourdais...

BEATRIZ

Que te costó cinco heridas...

MARTÍN

Sin aquella fortaleza que ganar y sin esas he-

ridas que recibir, no habría sido yo, entonces casi obscuro capitán, eso sí, de un bravo tercio, el embajador del rey Felipe ante el duque de Alba y no habría llegado a Nápoles, cuya corte vos encantábais, entre aclamaciones y vítores y por debájo de arcos de flores, ni en caballo enjaezado, ni con palafrén ducal. A esas bienhechoras heridas debo el que el Comendador, tu padre, parara mientes en mí y mirara sin enojos, que mis ojos se fueran tras de vuestro encantamiento.

BEATRIZ

(Con dulce reproche)

Mi padre decía saber vuestras aventuras en Flandes...

MARTÍN

Mis aventuras...

BEATRIZ

Aventuras galantes que solo referían los hombres y comentaban las casadas...

MARTÍN

Y vos dudabais de mí...

BEATRIZ

Lloraba tu desvío, y esperaba...

MARTÍN

Mi desvío...! (*Tiernamente.*) Si mi espíritu estuvo junto al tuyo lo mismo en el inactivo vivaquéo como en las horas de la refriega; lo mismo en la vida estirada y cortesana como en la aventurera de la fanfarrona mosquetería ..! Tu hermosura era mi ensueño .. y esta blanca mano (*Le toma la mano*) que besara un día, norabuena, a travez de la reja moruna de Granada iba señalando el derrotero del capitán Martín Rodríguez, que llegó a alcanzar la gloria apetecida de poner también su pica en Flandes.

BEATRIZ

Las cintas que me rendisteis en la justa real de Zaragoza, puestas estuvieron con candelas a los piés de la Virgen, cuidadas por mi...

MARTÍN

¡Rezabas por tu caballero!

BEATRIZ

(En dulce reproche)

Por mi enamorado caballero... que provocaba en Gantes los versos picarescos del poeta Alonso Vasques....

MARTÍN

Doña Beatriz .

BEATRIZ

Yo os amaba, don Martín...

MARTÍN

Tuyo fuí entonces y lo seré por siempre...!

BEATRIZ

Por eso os seguí a estos reinos y os seguiré adonde os lleve vuestro destino. Ya no os dejaré hasta que a Dios le plugue que colguéis la espada en el armerillo de vuestro honrado solar castellano, hoy tan lejos...

MARTÍN

Por vos hubiera querido permanecer en la cor-

te, junto a vuestros padres y cerca de los mios...! pero nací para esta vida... llevo sangre batalladora de cruzados y la vista de un campamento me entusiasma, como a un cortesano la invitación para un sarao real...! y con el mismo fuego con que al frente de mi tercio doy el asalto a una trinchera o ataco a un escuadrón, rindo la espada y la rodilla ante una hermosura, como la soberana de la reina y señora de mi albedrío...

BEATRIZ

Don Martín...

MARTÍN

(En voz baja y muy cerca)

Quise que viniérais a estos reinos, señora, para miraros bajo un dosel... hágome la ilusión, y perdóneme Dios el sacrilegio, de no depender de rey alguno... solo para que vos, alma mia, fuerais reina...

BEATRIZ

(Asustada)

No blafeméis, por Dios...! yo os amo y os ad-

miro como el mejor guerrero del Rey de España... (*Suplicante.*) Pero que esta guerra sea la última .. don Martín! temo por vos... cuidad vuestra vida... (*Con ternura*) que es para mi tan preciosa como la salvación.

MARTÍN

Dejad, señora, que yo termine está guerra, y acabada que ella sea, volveré al Rey y le pediré la merced que vale un reino más sometido a su Corona. Llegaremos después al apacible retiro de Santisteban y olvidándonos del mundo, consagraremos el resto de la vida a nuestro amor, y a Don Fernando, el futuro marqués, heredero de mi gloria, cuya fama le mostrará la ruta por donde se va amontonando blasones para los cuarteles de un escudo.

BEATRIZ

Plegue a Dios que vuestros deseos se cumplan cual queréis.

MARTÍN

El será en mi guarda. Dejadme ya, señora. Alvar y Román Díaz esperan mi venia para tra-

tar conmigo negocios de la campaña. (*Toca una campanilla.*) Id a vuestras damas y volved con ellas dentro de un rato para que oigáis los versos que pedisteis a los caballeros durante la cena. (*Aparece Macedo por la puerta del fondo.*) Sed servido de decir al capitán Alvar y a Alonso Díaz que los aguardo. (*Vase Macedo.*)

BEATRIZ

Volveré a la queda. (*Amorosamente.*) Adios, caballero don Martín...!

MARTÍN

Id con El, gentil princesa Beatriz! (*La acompaña hacia la puerta izquierda; le va a dar un beso en la mejilla, cuando aparecen Alvar y Díaz por la puerta del fondo; la besa la mano. Todos le hacen profunda reverencia y vase Beatriz; a los capitanes*) Pasad, señores. (*Se acercan a la mesa.*) He delineado, como os lo prometí, el plan de la campaña que pienso desarrollar, pues deseo me deis vuestra opinión.

DÍAZ

¡Tanta honra, señor marqués!

ALVAR

Ordenad, señor.

MARTÍN

Acercáos. Mirad. (*Extiende el mapa sobre la mesa.*) Los fortines que están sobre la línea de gules, que es la fronteriza, son, como veis, los de Purén, Angol, Arauco, Nacimiento, Imperial y Ciudad Rica. La segunda línea, que he marcado de azur, la componen los fuertes de San Rosendo, San Felipe de Austria, Itata, Los Gomeros y este fortín de Santisteban. ¿Estamos a más de veinte leguas de la frontera, no es eso?

ALVAR

Y por lo tanto, a cubierto de cualquier sorpresa...

DÍAZ

Siempre que no se rompa la línea...

MARTÍN

Se entiende. En consecuencia, cumple reforzar la línea roja para librar de cualquier evento a las

ciudades de la Concepción y de San Bartolomé de Chillán.

ALVAR

En efecto, señor marqués.

MARTÍN

Tengo doscientos hombres en la frontera y cien más que llevará esta noche el capitán Salazar.

ALVAR

Con lo cual estimo segura la fronteriza, y en situación de apoyar eficazmente la invasión de un tercio sobre el campo rebelde.

MARTÍN

Perfectamente. Dispongo de trescientos hombres en la Concepción y de unos doscientos chilenos que he ordenado al Cabildo de Santiago que me remita con el capitán Pineda, el mozo; además recibiré quinientos veteranos que vienen por el estrecho en la Armada del almirante Pérez Valdés, salida de Cádiz hace diez meses. ¿Creéis —y esto es lo que yo deseo saber de vuestro cri-

terio—que con las fuerzas de que dispongo, podré emprender la conquista y pacificación del territorio rebelado? (*Pausa*).

ALVAR

(Convencido)

Yo no tengo la menor duda...

MARTÍN

Decid, maestre Díaz.

DÍAZ

Señor marqués, yo creo que nó... y perdonad.

ALVAR

¿Que nó?

MARTÍN

Pensad en que son seiscientos veteranos los que tengo en pie de guerra... aparte de los refuerzos que espero.

DÍAZ

Contad solamente lo que tenéis hoy, señor marqués, poco espero del Cabildo santiaguino

Allí todas son promesas o intriguillas de letrados que desbaratan cualquier esfuerzo.

MARTÍN

¿Creéis que el Cabildo pueda desobedecer mis órdenes?

DÍAZ

No solo desobedecerlas, señor marqués, sino que combatirlas.

ALVAR

¡Vive Dios y que poca autoridad le atribuís a las órdenes del Representante del Rey para que puedan ser burladas por un manojo de leguleyos...!

DÍAZ

Desearía equivocarme, capitán; respecto de la armada del almirante Pérez Valdés, Dios sabe si llegará, en qué estado, y con cuánta tropa...

MARTÍN

(Pausadamente)

Hay prudencia en vos, maestre Díaz. (*Se sienta.*)

DÍAZ

Lo que hay, señor, es experiencia.

MARTÍN

Y del plan mismo... ¿qué opináis, don Alonso...?

DÍAZ

Lo diré si me lo mandáis...

MARTÍN

Decid. (*Oye con atención y queda preocupado.*)

DÍAZ

En esta guerra, señor marqués, el enemigo es siempre un enigma, cuya solución se propone en el campo mismo, ante una victoria y una derrota que se ubican ciegamente y así se vence con diez arcabuceros, como se es derrotado con doscientos caballeros acorazados... Los seiscientos hombres de conquista que tenéis, señor marqués, necesitan estar servidos por un personal de exploración y de seguridad tan numeroso como el tercio mismo... aparte de un millar de indios leales que ya son muy escasos.

ALVAR

Desconfiado sois, maestre Díaz.

DÍAZ

Señor capitán, sabed que llevo veinte años en estos reinos y no olvidéis que en cuarenta de esta guerra, han caído grandes capitanes y cinco mil castellanos.

ALVAR

Ahora terminará.

DÍAZ

No habrá capitán español que desconfíe...

ALVAR

Si no fuera que habéis bien probado vuestro valor en esta guerra, señor maestre, creería que tenéis miedo de estos salvajes... (*Se oye la campana de la queda.*)

DÍAZ

¿Es de cortesanos pedir excusas para ofender, señor capitán?

ALVAR

(Violentamente)

Maestre Díaz...!

MARTÍN

(Tranquilamente)

La queda. La señora marquesa y sus damas deben venir luego a esta sala.

DÍAZ

Si me permitís, señor, iré a revistar el fuerte de cuya guarnición me habéis encargado.

MARTÍN

Id, maestre Díaz y volved con Anrique y Macedo. Ya sabéis que la marquesa desea oiros los versos que teníais preparados para los juegos florales, que no pudieron realizarse por la triste nueva que conocéis.

DÍAZ

Muy poca contribución prestaré a ese torneo, señor marqués.

MARTÍN

En algo podréis contribuir en satisfacción de la gobernadora.

DÍAZ

No escatimaré mi voluntad en agrado de mi princesa. (*Vase.*)

MARTÍN

(Sigue preocupado)

¿Qué os parece, Alvar, de la opinión de Alonso Díaz?

ALVAR

Señor, yo sigo creyendo que la gente armada de la Concepción puede poner paz, ella sola, en estos reinos.

MARTÍN

Soy de vuestro parecer, capitán; pero se me ocurre que no debo proceder sin antes oir con detenimiento a mi consejo de guerra. (*Pausa.*) (*Pausadamente.*) Esta sublevación de la Imperial me preocupa más de lo que yo quisiera, capitán Alvar.

ALVAR

Hebéis perdido dos muy buenos capitanes.

MARTÍN

Yo esperaba de un momento a otro una rebeldía de estos salvajes, que según dicen son altivos e indomables... y hoy que vino la primera, me parece que esa rebeldía es fatal y que mi estrella no luce con los resplandores de antaño... (*Queda pensativo.*)

ALVAR

Yo no veo peligros, señor marqués...

MARTÍN

(Pausa; con soberbia; se levanta)

Aunque los hubiera; mi espada no ha sido aún desenvainada y cuando lo sea no volverá a colgar del cinto sin que el infiel haya humillado el rostro ante el pendón de España. (*Pausa.*) (*Entran Díaz, Anrique y Macedo.*)

DÍAZ

(Desde la puerta)

Todo está en orden en el fortín y villa de Santisteban.

ALVAR

Pasad, señores... (*Avanzan todos.*)

MARTÍN

(A Díaz)

¿Habéis dispuesto lo necesario para la tropa que llegará mañana de la Concepción?

DÍAZ

Todo está prevenido, señor marqués.

JUANA

(Por la puerta izquierda)

La señora marquesa pide vuestra venia para entrar.

MARTÍN

Sed servida, señora, de decir a Su Excelencia que sea norabuena. (*Vase Juana izquierda.*)

MARTÍN

Si todo está tranquilo y prevenido, bien podemos dedicar un rato, antes del descanso, señores, a complacer a la gobernadora, que desea

obsequiar a uno de vosotros la flor de oro del torneo floral de Santisteban. (*Entra Beatriz seguida de sus damas. Martín, Alvar y Díaz avanzan y las conducen a los divanes o taburetes. Juana e Isabel quedan de pie.*) (*Martín se sienta en el sillón al lado de la mesa.*)

BEATRIZ

¿Habéis dicho ya a los caballeros cual es mi deseo, señor marqués?

MARTÍN

Ya lo saben, señora.

DÍAZ

Tuve el honor de preveniros, señor, que participaré del torneo solo en el obedecimiento de la señora marquesa, sin esperanza, por cierto, de obtener el premio.

BEATRIZ

Sois modesto, señor.

DÍAZ

Admiro, señora, vuestra inclinación por las le-

tras y el empeño que gastáis para fomentarlas.

BEATRIZ

Criéme entre poetas y desde pequeña oílos en la corte en torneos brillantes, cantando a las armas, a la gloria y al amor; que de extraño entonces, caballeros, que haya procurado fomentarlas entre vosotros, para mi recreo y vuestro refrigerio, después de las rudas tareas del cuartel? (*Con gracia.*) Y además, no olvidéis que «caballería, escuela es de galantería»

ALVAR

Es lástima que los juegos florales de Santisteban no hayan tenido el brillo que vos deseábais con la presencia de los oficiales que han tenido que partir...

ANRIQUE

No será la última vez que tengan ocasión de participar de los juegos, ya que la munificencia de tan alta mantenedora los prodiga.

DÍAZ

Efectivamente.

BEATRIZ

Tengo ideado un gran torneo para el día en que las armas castellanas vuelvan victoriosas de la guerra de Arauco.

DÍAZ

Dios nos permita concurrir a él.

ANRIQUE

Con el permiso de la señora marquesa, yo puedo informar que ya tengo empezada la oda con que he de presentarme a disputar la flor en aquel torneo.

MACEDO

Son mis votos porque la concluyáis.

ALVAR

Y porque tengáis pronto ocasión de recitarla. .

ANRIQUE

Está dedicada a la Excelentísima Gobernadora... Empieza así... (*Avanza al centro, en actitud de recitar.*)

MARTÍN

Perdonad, Anrique; no la digáis....

TODOS

¡Nó...!

DÍAZ

No la digáis, Anrique.

ANRIQUE

Como gusteis...

MARTÍN

¿Empezamos ya?

BEATRIZ

Disponed vos, señor marqués.

MARTÍN

¿Yo? No tal. Sois vos la protectora de los juegos y debéis presidirlos...

ALVAR

Y luego seréis la reina...

ANRIQUE

Por de contado.

DÍAZ

Claro.

MACEDO

Indudablemente.

BEATRIZ

Pero la elección de reina corresponde al poeta triunfador...

DÍAZ

Cualquiera que sea, elegirá a V. E.

BEATRIZ

¡Oh!

TODOS

¡Bien dicho!

BEATRIZ

En hora buena, señores; ya que lo queréis así, los presidiré y el jurado serán, conmigo, estas hermosas damas.

MARTÍN

Elección muy justiciera.

BEATRIZ

Será un torneo en regla, pero en familia. (*A Juana.*) ¿Tenéis cintas?

JUANA

Aquí están, señora. (*Las entrega.*)

BEATRIZ

(Eligiendo las cintas)

Alvar, tenéis la color verde; Díaz, azul; Anrique, blanca.

ANRIQUE

(Aparte, suspirando)

¡Blanca! Si hubiera encontrado mi libro perdido!

BEATRIZ

Macedo, roja. (*A Martín.*) Y vos, don Martín... participaréis...?

MARTÍN

¿No me creéis capaz, señora, de disputar esa flor?

BEATRIZ

¡Oh! Don Martín! Lo que vos pretendéis lo alcanzáis siempre... Os doy la color rosa. Las cintas serán sacadas por doña Isabel. Caballeros, el torneo va a empezar. Doña Isabel, designad.

ISABEL

(Sacando una cinta)

Cinta roja.

BEATRIZ

Macedo, la suerte os ha designado el primero. Empezad.

MACEDO

(Avanza al centro)

Señora, no soy poeta...

BEATRIZ

No solo es poeta el que hace versos; también lo es quien sabe elegirlos. Decid los que hayáis preparado.

MACEDO

Estos son: El Dinero.

Mucho face el dinero y mucho es de amar
al torpe face bueno, al judío face dar
face correr al cojo e al mudo fablar
el que no tiene manos dineros quiere tomar.

El dinero quebranta las cadenas dañosas
rompe cepos e grillos e cadena afrentosa
a quien non ha dineros échanlo a las fosas
y en todo el mundo face cosas maravillosas.

El face caballeros de necios aldeanos;
condes e ricos homes, de algunos villanos;
con dinero andan todos los homes lozanos
y todos en el mundo les besan las sus manos.

Toda mujer de mundo o Dueña de belleza,
se pirra por dinero y por toda riqueza;
yo nunca vi fermosa que mirara pobreza...
seyendo entre dineros o entre grandes altezas.

Toda mujer que quiere algo, es falaguera;
por joyas e por trajes salirá de carrera...
por dinero se cambia el mundo a su manera;
el dar quebranta peñas e rompe dura madera.

Por ende, me conviene ser franco e llenero,
e cosas graves ajenas, facerlas de ligero;
que de poco o mucho, de algo seré logrero
que todo le conviene a quien non ha dinero.

(Va frente a Beatriz, hace una reverencia)

BEATRIZ

Bravo, alférez! (*Le ofrece la mano y Macedo se acerca y la besa.*) Habéis tenido buen gusto al elegir al Archipreste de Fita por vuestro personero.

MACEDO

Señora...

ANRIQUE

Al arcipreste... mi libro perdido... (*Se acerca a Macedo.*)

BEATRIZ

(A Isabel)

Sacad, señora, una nueva cinta.

ANRIQUE

(A Macedo)

Seguramente vos tenéis un libro del archipreste...

MACEDO

¿Por qué me lo preguntáis, señor teniente..?

ANRIQUE

Como habéis dicho un trozo del archipreste... y debiste aprenderlo en un libro... y yo perdí el mio....

ISABEL

Azul... ¿quién es?

DÍAZ

(Avanza)

Señora...

BEATRIZ

Empezad, señor maestre.

DÍAZ

El Rey volador

El rey don Alexandre quiso una vez volar
envidiando a las aves los espacios cruzar
a tierra de enemigos, quiso guerra llevar
allende están los mares que debíalos cruzar.

Fizo prender dos grifos que son aves valientes;
avezólos a carnes saladas e recientes;
túvolos muy vicios os de carnes convenientes,
hasta que se ficieron gordos y muy potentes.

Fez hacer una copa de cuero muy sobado,
cuanto cabría un hom : a anchura e parado;
cosiéronla los griegos con un firme filado
que no habría de fallar, magüer home sea pesado.

Fizo a los dos grifos la comida toller,
por amor de que oviesen más sabor de comer;
fizose el rey mientre dentro la copa coser,
la cara descubierta que pudiese bien ver.

Fizo poner la copa entre ambos a dos grifos,
con fuertes cordaduras al aparato alifo;
que fuera muy seguro a las aves el esquifo
magüer no fuera bello, gallardo y muy jarifo.

Puso en una pértiga carne bien amarrada,
a la vista de los grifos, pero bien alejada;
los grifos por comerla dieron grande volada...
quisiéronla cojer, más non les valió nada.

El rey don Alexandre volaba y más subía...

a las veces alzaba... a las veces premía...
allá iban los grifos por do el rey quería,
con gran contentamiento de pueblo e clerecía.

Alzábales la carne cuando quería subir
arreábales la pértiga cuando quería descir...
torcían a los lados si el rey lo consentir;
Do veían la carne, allá iban a seguir.

(Reverencia).

BEATRIZ

Sois admirable, Díaz. (*Le da a besar su mano.*) No conozco este romance que habéis recitado... ¿Es vuestro?

DÍAZ

Es este un romance que aprendí de niño sobre las rodillas de un mi tío canónigo. Hoy quise decirlo en el torneo, pero la memoria me fué infiel y hube de recomponer versos y trozos olvidados.

BEATRIZ

Sois poeta, a fe...

DÍAZ

Señora, poca poesía me permite el ejercicio de la espada.

BEATRIZ

Cultivadla a pesar de todo, señor maestre.

ISABEL

Cinta blanca.

ANRIQUE

Es la mia. (*Avanza al centro con desplante; tose, se arregla la gorguera y dice con voz campanuda.*)

Al Marqués de Santisteban, soneto.

Ninguno como vos, Marte elocuente,
unir supo tan bien las facultades
con la pluma, mostrando suavidades,
con la espada, mezclando lo prudente.

En vos de Chille, capitán valiente,
estas solo se han visto cualidades:
conceder a la pluma dignidades
que no puede olvidar vuestro teniente.

Con las armas de Minerva y Palas
solo vos, don Martín, habréis podido
someter a Castilla al araucano...

Y cuando el vuelo potente de tus alas
os conduzca, victorioso al regio nido
del poeta, recordad, que os besó la mano.

(Reverencia. Los oyentes hacen una pausa y se miran sorprendidos).

BEATRIZ

Parece que al último verso le faltara algo.

ALVAR

O le sobrara...

MARTÍN

Parece así, efectivamente....

MACEDO

Es un verso que cojéa.

TODOS

¡Ah! Oh! Ja! Ja!

BEATRIZ

Señores...

ANRIQUE
(Amostazado)

Me permito hacer notar que es una licencia

poética, autorizada muchas veces por el ilustre marqués de Villena...

MARTÍN

No os preocupéis, Anrique; merecéis mi enhorabuena.

BEATRIZ

Y mis parabienes. (*Le da a besar la mano.*) (*En voz baja.*) Supongo que el soneto es producto de vuestro ingenio...

ANRIQUE

Exclusivamente mio, señora.

ISABEL

Cinta verde. El capitán Mendoza.

BEATRIZ

Don Alvar, os llegó el turno.

ALVAR

(*Avanza*)

Los versos míos están calcados sobre unos de mi ilustre pariente el poeta...

BEATRIZ

(Interrumpiendo)

Siempre decís algo en desmedro de vuestros versos, capitán Alvar; sin embargo, en Nápoles los decíais sin reparo y muy bellos, para aquella misteriosa desconocida a quien cantábais su hermosura, vuestro amor y su desvío...

MARTÍN

De ello puedo dar fe, señora; yo lo sorprendí muchas veces en el campamento, escribiendo estrofas cuyo destino siempre me ocultó, dicho sea en verdad.

ALVAR

Señor marqués...

BEATRIZ

Estáis enamora lo... no lo neguéis ...

ALVAR

Señora...

JUANA

También yo podría afirmarlo, señora marquesa.

ISABEL

Y talvez yo... ¿verdad capitán?

ALVAR

Doña Isabel...

BEATRIZ

¿Lo veis, Alvar? El amor es como el humo... si lo encerráis, se os escapará por los más pequeños resquisios.

ANRIQUE

El amor es flor perfumada que embalsama el ambiente... el poeta es el tallo de esa flor.

ALVAR

El poeta... puede ser; vos, por ejemplo...

ANRIQUE

(Vanidosamente)

Yo...

ALVAR

Pero yo, guerrero, que no poeta, versifico por obediencia a mi princesa y nada más.

BEATRIZ

Sabed que vuestra princesa se empeñará desde hoy, en averiguar vuestro secreto...

ALVAR

(Suplicante)

Señora...

BEATRIZ

Por ahora... empezad...

ALVAR

Repito, señora, que los versos no son míos. Soledad en el bosque (*Con mucha unción y galanura. Tome nota el actor de que Alvar ama desde niño a Beatriz, con quien jugó de pequeño en Granada. Que oculta su amor, el cual es grande, pero tranquilo; ideal. Dirá estos versos, dedicándolos a su amada, que es la Reina de la fiesta. Tan bien debe decirlos, que debe emocionar al concurso, el cual, al final estará conmovido.*)

Aves, que aquí sembráis vuestras querellas;
hiedra, que por los árboles caminas
torciendo el paso por su verde seno !

Yo me ví tan ageno
del grave mal que hoy siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba...
donde con dulce sueño reposaba
o con el pensamiento discurría,
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegrías...
Y en este humano valle donde agora
me entristezco y me canso,
en el reposo estuve otrora
contento y descansado!
Oh! bién, caduco y vano!
Oh! miserable hado!
más convenible fuérale la muerte
a esta mi vida de horroroso hastío
que es más que el hierro fuerte
pues no la ha quebrantado tu desvío ..!
Aquellos claros ojos,
que llevaban tras de sí como colgada
mi ánima, doquier que se volvían!
Aquella blanca mano delicada...
Los cabellos que vian
con gran desprecio al oro,
como a menor tesoro!

¡Cuan lejos de mí os veo...
y que cerca hasta ayer os soñaría!
El albo cuello,
que presuntuosamente sostenía
con rara bizarría
la lumbre y los destellos
de tus ojos claros y halagüeños...!
¡Cuan lejos estáis, por desventura mía
Quien me dijera,
cuando en aqueste valle, al fresco viento,
andábamos cogiendo tiernas flores...,
que había de ver en largo apartamiento
llegar al triste y solitario asiento
que diese amargo fin a mis amores!
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a dura soledad me ha condenado;
y lo que siento más, es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre, en carcel tenebrosa.

(Reverencia. Pausa. Besa la mano de Beatriz. Todos muy emocionados).

BEATRIZ

(Emocionada y tratando de cambiar su pensamiento)

La última cinta es vuestra, señor marqués.

MARTÍN

(Igualmente emocionado)

Yo elegí un trozo de autor desconocido, cuyo poema fué encontrado por mi en Gantes, en un códice de la biblioteca del hereje Lucas Guillermo Rossard. (*Suena un muy lejano y casi imperceptible toque de cuerno, que continuará hasta que se indique.*) Trátase de las aventuras que corriera la hija del rey Apolonio, a la cual sus padres arrojaron al mar dentro de una caja, recién nacida, creyéndola muerta. La niña fué recogida por un sabio en las playas de Efeso y criada con tanta pobreza, que apesar de su recato, había de salir a calles y plazas para cantar al son de una viola como una vulgar juglaresa... (*Se da cuenta del toque.*) ¿Sentís...? (*Todos ponen atención.*) (*Solemnidad.*)

ALVAR

Algún mensajero talvez. .. (*Pausa.*) (*Cesa el toque.*)

MARTÍN

Cesó el toque...

DÍAZ

(Pausa)

Si me permitís...

MARTÍN

Id, maestre, y avisadme. (*Vase Díaz.*)

ALVAR

Seguramente ha de ser mensajero del capitán Rodrigo...

MARTÍN

Ojalá... ¡decía...?

BEATRIZ

La hija de Apolonio hacía de vulgar juglaresa...

MARTÍN

Ah... sí! Después de algunos años, el rey Apolonio iba paseando por una calle donde violaba esta juglaresa y apesar del tiempo y de las

circunstancias reconoció a su hija. Y en este encuentro el poeta desconocido puso sus mejores versos, que yo, señores, no he podido olvidar, tal fué la impresión que me causara su lectura, y el vigor y galanura que el buen poeta y trovero puso en ellos. Juzgad. Fijose en la muchacha el rey y al reconocerla,

Prísola en sus brazos con muy grande alegría
diciendo: ay mi fija que yo por vos moría!
agora ya he perdido la gran cuita que había!
por fin amanesció, para mi, tan gran día!
Nuncua este día no lo cuidé veyer!
nuncua en los mis brazos yo vos cuidé tener!
tuve por vos tristeza y agora he placer...
siempre habré por ello a Dios que agradecer.
Comenzó a gritar: ¡Venit los mis vasallos!
¡que vengan los troveros, decit cantares gayos!
echat las corbeteras, corret vuestros caballos,
alzad tablados muchos, mirat de quebrantallos!
pensat como fagades fiesta grande e cumplida
cobrada ya he la fija que tenía por perdida
grande fué la tempesta, de Dios fué permitida...!

TODOS

(*Interrumpiendo con muestras de aprobación.*)

¡Ah! Oh!

MARTÍN

...Echat las corbeteras, corret vuestros caballos.

TODOS

(Interrumpiendo)

¡Ah! Ah! (*Entusiasta aprobación.*)

MARTÍN

Alzad, tablados muchos, mirat de quebrantallos.

TODOS

(Igual)

¡Ah! Oh!

MARTÍN

¡Ya sano está Apolonio! Cantat los mis vasallos!

TODOS

(Alborozados)

¡Bravo! Bravo!

ALVAR

Dios guarde al poeta.

ANRIQUE

Y a su intérprete.

ALVAR

Dignos son esos versos de haber nacido en la corte del rey Don Juan Segundo.

BEATRIZ

(Yendo a don Martín)

¡Que bien los decís, don Martín! (*A media voz, amorosamente.*) Me subyugáis! (*Caballeros y señoras forman otro grupo a la izquierda.*)

MARTÍN

(Le toma las manos)

Tengo una musa, señora, que si no me inspira versos, me concede la gracia de comprendelos y sentillos...

BEATRIZ

(Emocionada)

Esa musa...

MARTÍN

(Con pasión)

Sois vos, señora...

ANRIQUE

La flor os pertenece, señor marqués.

MACEDO

Es de justicia.

ISABEL Y JUANA

Indudablemente.

ALVAR

Vuestra es, señor.

BEATRIZ

El concurso lo ha pronunciado: os declaro vencedor.

MARTÍN

¿A mí...?

BEATRIZ

A vos, don Martín.

TODOS

Sí, a vos.

BEATRIZ

Os entrego la flor; doblad la rodilla. (*Quiere ponérsela sobre el jubón.*)

MARTÍN

¡Nó, señora; perdonad, caballeros! Participé del torneo para allegar mi concurso a esta velada, que la gobernadora y yo queríamos realizar; quisimos, amigos mios, recordar junto a vosotros nuestro terruño cuanto más lejos tanto más amado; quise, camaradas, minorar con vuestra compañía el dolor que recibiera hoy, mientras mis pendones se batían al viento sobre el fortín de Santisteban... No vine a disputaros la flor... es vuestra; disputadla vosotros; solo os pido que en esta justa de amor y poesía me dejéis elegir reina a esta mi esposa muy amada y en ella a toda dama española que haya pisado estas playas en seguimiento del guerrero a quien entregó su amor y su albedrío. Sea el gentil homenaje de estos soldados de España que van conquistando reinos en estas tierras paganas, midiéndolos con sus ojos, marcándolos con su espada, como cumple a caballeros de limpia estirpe cristiana que su ejecutoria ilustran por su Rey y por su Dama.

ALVAR

Por esas heroicas damas yo mi vida rendiré, como por mi Rey y por vos, señor marqués.

BEATRIZ

Amor prendió a estas damas y en sus dulces redes cautivas vinieron tras de sus dueños, con deseo, en feliz cautiverio y por su libre voluntad;... pero hay otras que sufren porque no pudieron ser cautivas... Recordémoslas, Alvar, y que sean también reinas de Amor, cual queréis que seamos nosotras.

ALVAR

Señora... os dirigís a mí...

BEATRIZ

Sí, Alvar... ¿verdad, señoras?

ALVAR

(Aparte)

¡Qué distante está mi amor... y cuán cercano...!

MARTÍN

Señores, ya que me habéis señalado como dueño de la flor, permitidme que disponga de ella, y lo hago así: quedará en poder de la marquesa

hasta que sea servida de llamarnos a nuevo torneo, que espero sea en breve. (*Todos se inclinan.*) La velada ha sido grata y consoladora... (*Reverencia.*)

BEATRIZ

Señor marqués. . (*Reverencia.*) Señores... quedad con Dios. (*Vase seguida de sus damas.* (*Todos las reverencian al salir.*)

MARTÍN

Señores oficiales, barrunto que mañana habreis mucho que atender y no os detengo. (*Siéntese nuevamente un toque lejano, pero no tanto como el anterior, que dura hasta que se indique.*) Macedo, ved al maestre Díaz y decidle que se llegue a comunicarme lo que haya de novedad. (*Reverencia de los oficiales.*) Id con Dios. (*Salen.*) (*Pausa.*) (*Siente el cuerno.*) ¿Sentís...? Sentís Alvar?

ALVAR

Suena lejos... (*Va a la ventana del fondo y abre una hoja. Vese el cielo estrellado y noche obscura.*)

MARTÍN

Un nuevo toque de cuerno...

ALVAR

Debe ser mensaje de la frontera.

MARTÍN

De la frontera, ¿por qué?

ALVAR

Porque solo esas guarniciones usan todavía el cuerno para ordenanzas y llamadas.

MARTÍN

(Oyendo)

Y continúa...

ALVAR

(Aparte, nervioso)

¡Y el maestre Díaz que no viene...!

MARTÍN

Que angustiosa incertidumbre... (*Cesa el toque.*)

ALVAR

No os preocupéis, señor .. (*Pausa.*)

MARTÍN

Hay días fatales. (*Se sienta.*) (*Pausadamente.*) Hoy me han perseguido las malas nuevas y los presentimientos.

ALVAR

(Con despreocupación)

¡Presentimientos! desechadlos, señor!

MARTÍN

Precisamente hoy, uno de los días que yo me esperaba más felices de mi vida .. Cuando mi nombre era entregado a una villa naciente para recordación de la posteridad.

ALVAR

Azares son de la guerra, señor marqués.

MARTÍN

(Pausa)

Oyeme, Alvar. Ayer cuando veníamos de la

Concepción y en un momento en que me adelanté a vuestro grupo, oí a mi derecha el canto de ese pájaro agorero que segun dicen nadie ha visto todavía... (*Con recelo.*) Al propio tiempo mi caballo tropezó... y un sudor frio me brotó de todo el cuerpo.

ALVAR

¿Vos creéis en los agüeros...?

MARTÍN

Iba a preguntároslo, Alvar... Muchos creen; cuentan que el gobernador Valdivia y sus compañeros oyeron ese canto extraño antes de llegar al desfiladero del Panguil... donde fueron derrotados y muertos...

ALVAR

La casualidad...

MARTÍN

¡O la fatalidad! Pero este gobernador la enrostra y la desafía: ni aún con la vida se eclipsa mi estrella! cuando mi brava tizona de matar cansada yaga junto al dueño ensangrentada y rota;

cuando esté mi brazo exangüe y mandoblar no pueda cual cumple a hijodalgo la finta postrera; cuando después de mil años olvidado, y vencido el destino me crea,... saldrán cien troveros de la gaya ciencia diciendo en romances, cantares y endechas, las grandes, gloriosas fazañas de Martín Rodríguez, el de Santisteban. (*Se oye lejos una descarga.*) (*Tres tiros de mosquetería.*) (*Las escenas rápidas.*)

ALVAR

(Sorprendido)

¿Mosquetería...?

MACEDO

(De afuera)

¡Arma! Arma! Al arma!

MARTÍN

¿Qué?... quién grita al arma?

ALVAR

(Va a la ventana)

Macedo. (*Abre.*)

ANRIQUE

(De afuera)

Las caballerías...!

MACEDO

(De afuera)

Arcabuceros... al arma!

MARTÍN

¿Traición...?

ALVAR

(Por la ventana abierta)

¿Qué ocurre?

MARTÍN

(Igual)

¡Hablad, vive Cristo!

MACEDO

(De afuera, del foso)

Parece ser una sublevación....

MARTÍN

¿Y el maestre Díaz?

MACEDO

Salió al campo con tropas

MARTÍN

¿Cuántos hombres tenéis vos?

MACEDO

Cinco.

ALVAR

Son suficientes.

MARTÍN

Alzad los puentes, dejad centinelas y subid. (*Cierra la ventana. Tiros lejanos y aislados*) ¿Llegó la hora, Alvar? (*Coje sus pistolas, que estarán colgadas. Tiros, siempre lejanos y aislados.*)

ALVAR

(Pausa)

Decid bien, señor. Voy por mis armas. (*Vase fondo.*)

MARTÍN

Volved pronto.

BEATRIZ

(Entra azorada, izquierda, seguida de sus damas)

Señor marqués... ¿qué ocurre? decid...

ISABEL

¿Qué pasa, don Martín?

JUANA

¿Nueva rebelión?

MARTÍN

Recobráos, señoras. Todavía no lo sé. Siento que los arcabuceros disparan... pero...

BEATRIZ

¡Los bárbaros se han rebelado...!

ISABEL

¡Qué insolencia!

JUANA

¡Ni aun respetan el domicilio del Gobernador!

MACEDO

(Entrando)

Señor marqués...

MARTÍN

¿Qué ocurre, Macedo?

MACEDO

Aun no me doy cuenta, señor; cuando sentimos el segundo toque de cuerno y salíamos de esta sala, el maestre Díaz alzó tropa e indios de servicio, me encargó vigilancia y alerta y salió él mismo a rondar la villa con tres soldados, para enterarse del significado de esa novedad. Al sentir yo las primeras descargas grité al arma, para prevenir cualquier subceso; el teniente Anrique está ahora poniendo las centinelas en bastiones y almenas y prepara la artillería.

ALVAR

(Entrando, armado de coraza y pistolas)

Se siente ruido de gente y armas en las afueras del fortín. (*Una campana toca a rebato a lo lejos.*)

MARTÍN

¿Rebato? ¿Tenéis cinco hombres?

MACEDO

Sí, señor.

MARTÍN

Salid con tres y un grupo de indios de servicio a rondar el fortín. (*Tiros.*) Llevad arcabuceros y castigad con firmeza, tratad de juntaros con Díaz. Partid. (*Vase Macedo.*) ¡Oído a mi bocina! Alvar, id a colocar las centinelas, con Anrique, dejadlo todo dispuesto en bastiones, almenas y casamatas; ordenad a los indios de servicio y volved a darme parte. (*Vase Alvar.*) Vosotras entrad en vuestras habitaciones; no salgáis. Esperad allí hasta que yo vaya a buscaros. (*Las acompaña hasta la puerta izquierda.*) El Gobernador os sabrá guardar. (*Salen.*) Echad los cerrojos. (*Tiros lejanos. Martín revisa sus armas. Las escenas más rápidas.*)

ALVAR

(De afuera)

¡Traición! españoles, cargad! por la espalda! (*Suena un cuerno en escena.*)

ANRIQUE

(De afuera, gritando)

¡Ira del cielo! Pelentaru! traidores! (*Algazara, tiros de mosquetería, ruido de espadas.*)

PELENTARU

(Dominando el ruido)

Bajar los puentes, fuego a los cuarteles! Inche Pelentaru, ameléimi pu huinca...! Inche! Inche! (1)

MARTÍN

(Corre a la ventana y la abre; aparece todo ardiendo en incendio. Junto con abrir la ventana suben por ella grupos de indios, que son muertos por Martín.)

Atrás, cobardes, traidores. (*Los asaltantes caen hacia afuera de escena. Cede violentamente la puerta derecha e irrumpe por ella un grupo de indios que ataca por la espalda a Martín, que está batiéndose en la ventana Al mismo tiempo Alvar aparece por la puerta del fondo batiéndose en retroceso con otro grupo de indios. Queda Alvar fuera de combate, herido y los indios entran a escena. Pelentaru entra con el grupo derecha. Los indios se abalanzan sobre Martín y lo sujetan.*)

(1) Yo soy Pelentaru, que destruiré a los blancos! Yo soy! Yo soy!

PELENTARU

No lo matéis... no lo matéis, sujetadlo. (*Martín forcejéa sin soltar su espada hasta que, dominado por el número, queda frente a Pelentaru, quien lo mira compasiva y despreciativamente.*)

MARTÍN

Cobardes...

PELENTARU

(Irónico)

Soy Pelentaru, el esclavo

MARTÍN

Traidores... canallas...

PELENTARU

Aprendimos de vosotros .. (*Martín forcejéa.*) Sujetadle piés y manos. (*Le quita la espada.*)

MARTÍN

Soy vuestro príncipe... represento al Soberano...

PELENTARU

El Soberano soy yo... (*A los indios.*) Seguid...

(*Les indica la puerta de las mujeres. Se sienta en el sillón.*)

MARTÍN

¡Calla, bárbaro! (*Queda Martín amarrado sobre un diván y los indios, menos dos o tres, se van por izquierda.*)

PELENTARU

Ya no eres el Gobernador...

MARTÍN

Lo seré siempre...

PELENTARU

Eres mi esclavo.

MARTÍN

¡Yo esclavo tuyo!

PELENTARU

Llegaste, soberbio, a dominar esta tierra y ya ves: fuiste mas desgraciado que tus antecesores... No alcanzaste a pelear... Ja! Ja! Ja!

MARTÍN

Me mataréis, pero siempre quedará un castellano que vencerá él sólo a toda la horda salvaje y desagradecida...

PELENTARU

Vencerá por un día...

MARTÍN

El Rey de España es invencible.

PELENTARU

El rey de España no ha venido a Arauco.

MARTÍN

Blasfemo, ten la lengua...

PELENTARU

Aprestaos a venir a la montaña; quiero tener de esclavo a un Gobernador.

MARTÍN

¡Yo esclavo!

PELENTARU

Te dejaría por una mejor presa; pero tú eres

el príncipe... el representante del Rey! (*Entran algunos indios por izquierda.*) ¿Las mujeres?

MARTÍN

(Angustiado)

¡Nó!

CURIPÁN

Dos están muertas... se defendieron.

MARTÍN

¿Muertas...?

PELENTARU

Llevad a la otra.

CURIPÁN

Está herida.

PELENTARU

No importa... llevadla.

MARTÍN

Esperad...!

PELENTARU

(A los indios que sujetan a Martín)

Llevadlo también. No le matéis.

MARTÍN

¡A mí...! nó, esperad... (*Entran dos indios con Beatriz desmayada, por izquierda. La llevan por el foro.*)

PELENTARU

Llevadle. (*Indica a Martín.*)

MARTÍN

(Al reconocer a Beatriz)

Es Beatriz, ¡nó! espósa mía. (*Se resiste.*) Mi Beatriz...!

PELENTARU

¿Tu esposa? tu mujer? (*A los indios.*) Esperad.

MARTÍN

Mi esposa adorada...! nó...!

PELENTARU

Puedo cambiarte por ella... será mi esclava blanca.

MARTÍN

(Desesperado)

¡Nó, bárbaro! Matadla, matadme a mí!

PELENTARU

(Con alegría)

Mi esclava blanca! (*Sale hasta el foro.*) Llevadla, cuidadla .. mi española... a la montaña...!

MARTÍN

¡Nunca...! tendréis que matarme... bandidos... traidores...

BEATRIZ

(De afuera)

Don Martín...! don Martín...!

PELENTARU

¡Mi española! a mi montaña!

MARTÍN

(Fuera de sí)

Cobardes, sois salvajes... no sabéis del honor ni de la dignidad... ¡canallas!

PELENTARU

Oye, español. Todo lo que es tuyo me perte-

nece. Es la ley del vencedor que vosotros implantásteis. Te vencí, te quito tu mujer, y esto (*Le arranca la banda que lleva terciada*) que parece que es tu insignia de mando, ¡capitán del Rey! Pero te dejaré la vida y tu espada. (*Se la arroja a un lado.*) (*Con ironía sarcástica.*) Pronto llegará el fuego hasta aquí, hasta tu fortín de Santisteban. ¡Ja! Ja! Sálvate si puedes... y si eres valiente, recupera con tu espada la mujer que te llevo (*Con odio*) huinca...! perro ..!

MARTÍN

Ira de Dios...!

PELENTARU

Te espero en la montaña

MARTÍN

(Consternado)

¡Beatriz...! matadme. .! esposa mía... no quiero vivir sin honra...!

PELENTARU

(Con desprecio)

¿Eres cobarde.. ?

MARTÍN

(Trata de desatarse)

¿Cobarde? ¡Vive Cristo! dejadme la vida... dejadme la espada... cobraré mi honra, mi mando y mi dama...

PELENTARU

(Con alegría salvaje)

En la montaña...?

MARTÍN

En la montaña... ¡sí! bajo la selva traidora, tan infame y tan ingrata como tú, bárbaro, te buscaré, te mataré y beberé tu sangre y plantaré mi lanza y mi dominio allí donde tú, más que villano, tengáis la reptil guarida...!

PELENTARU

(Con odio profundo)

Allá .. cristiano...! (*Se oyen toques de clarín y descargas lejanas.*)

MARTÍN

¡Son los míos...!

PELENTARU

(Ordenando)

¡Fuera! fuego, prended fuego! (*Los indios salen por las diversas puertas y luego enciéndense luces rojas en cada puerta.*)

MARTÍN

¡Los míos... son mis tercios!

PELENTARU

(A la vista del incendio, avanza enfáticamente frente a Martín y le muestra la devastación).

¡Pelentaru! Soy el toqui Pelentaru! (*Sale por cualquier puerta, desafiando el fuego.*)

VOCES

(De afuera)

A ellos...! a ellos...! (*Tiros. Algazara.*)

MARTÍN

(Forcejéa y se arrastra hacia la ventana, gritando)

¡Cargad...! cargad castellanos! ¡Santiago...! y cierra España!!

TELÓN

ACTO TERCERO

Campamento español en la montaña de Arauco. Es de día. Vense algunas tiendas y en primer término izquierda, la del gobernador, practicable. A un lado de la entrada un tronco de árbol que sirve de asiento. El pendón español domina el campamento, y sobre ta tienda del gobernador, el pendón de Santisteban

Aparece MENDEZ *sentado en el tronco, teniendo a su lado a* ANRIQUE, *que apunta sobre unos papeles que tiene en la mano. Al frente de ellos,* RODRIGO, SALAZAR Y QUIÑONES.

ANRIQUE

Los míos son siete. (*Anota y pausa.*)

QUIÑONES

Dieciocho los de mi compañía. (*Anota Anrique; pausa.*)

RODRIGO

Señores, yo fuí más afortunado; hice cuarenta y cinco prisioneros...

MENDEZ

Buen número. (*Anota Anrique.*) ¿Y vos, capitán Salazar?

SALAZAR

Yo no tengo prisioneros ..

MENDEZ

¡Cómo, capitán! ¿No tenéis prisioneros?

SALAZAR

(*Con rabia.*) Nó, señor maestre general; los maté a todos.

QUIÑONES

Es un medio de ahorrar víveres, ahora que los necesitamos...

MENDEZ

Sí, pero las órdenes del Marqués son precisas: no ejecutar a ningún prisionero, sin que antes no sea interrogado por él.

SALAZAR

Yo no he ejecutado a ninguno; los he muerto durante el combate... los he obligado a combatir.

RODRIGO

Aún a los heridos...

SALAZAR

A todos; no admito heridos ni doy cuartel.

MENDEZ

Enconado estáis, capitán.

SALAZAR

Vos no habéis perdido a una esposa amada, ni

la habéis visto, como yo a mi Isabel, asesinada y quemados sus huesos.

MENDEZ

Lo deploro, a fe, y comprendo vuestro sentir; pero yo debo cumplir las órdenes del Gobernador.

SALAZAR

No tengo cargos de qué responder, señor Juan Mendez, ni creo haber desobedecido las órdenes del Gobernador.

MENDEZ

Desde luego, capitán; habéis muerto a vuestros prisioneros.

MARTÍN

(Sale de su tienda; semblante hosco y amargado por el sufrimiento)

¿Qué ocurre? quién desobedece mis órdenes? (*Pausa.*) Decid, Mendez; ¿a quién os dirigíais y qué falta censurábais?

MENDEZ

Decía a Salazar que no debía ejecutar a los prisioneros....

SALAZAR

Yo no he ejecutado prisioneros.

MARTÍN

(A Salazar)

¡Callad, vive Dios!

MENDEZ

...Sin que vos los hubiéseis interrogado.

MARTÍN

Esa es mi orden. ¿No la habéis cumplido? ¿No la habéis respetado, Salazar?

SALAZAR

Yo no hice prisioneros. Mis enemigos murieron durante el combate...

MARTÍN

¿Todos?

SALAZAR

Todos. Se resistieron.

MARTÍN

¿Aún los heridos?

SALAZAR

Aún los heridos.

MARTÍN

¡Os habéis vuelto egoista, aún en la venganza!

SALAZAR

Calificadme como queráis, señor; pero en resguardo del derecho de vida que me es sagrado, mataré a todo enemigo sin dar cuartel.

MARTÍN

Cumpliendo antes mis órdenes.

SALAZAR

Solo quiero vivir para la venganza!

MARTÍN

Nadie os la impide. Os entregaré, si queréis, a todos los prisioneros para que los matéis... pero dejadme interrogarlos. (*Se aleja unos pasos.*)

SALAZAR

No esperéis saber por boca de ellos el paradero de la marquesa. Son testarudos, renegados y traidores.

RODRIGO

(A Salazar)

Sin embargo, Salazar, yo creo que es la única manera... a menos que la casualidad...

QUIÑONES

¡La casualidad! Confiad en ella y sentáos ..

MARTÍN

Ya lo sabéis, Salazar. Quiero interrogar a los prisioneros. Tenedlo presente, y mucho.

SALAZAR

Interrogadlos! ¿No tenéis en vuestro poder a Pelentaru? ¿A quién más podéis desear? Él fué quien os la robó. Si él no os revela donde la oculta, creo inútil esperar a que otros quieran decíroslo.

MARTÍN

La esperanza no me abandona, sin embargo.

SALAZAR

¡Dejad, señor, de esperanzas! Haced la cuenta

de que vuestra santa mujer ha muerto y que está con Dios en el coro de los mártires, y vivid como yo, para la venganza, que de hoy más no veré en cada indio sino un perro rabioso.

MARTÍN

(Monologando, angustiado)

¿Y si está viva...? si espera que vaya a libertarla!

SALAZAR

Decidme dónde está e iré a sangre y fuego...!

MARTÍN

¡Imbécil! si yo supiera dónde está, ya hubiera ido a morir junto a ella! (*Se deja caer abatido sobre el rústico asiento, con la cara entre las manos.*) (*Solemnidad.*)

MENDEZ

(A Salazar)

Se trata de saber dónde puede estar... daos a la razón, Salazar... (*Levántase Martín, y vase a su tienda.*)

RODRIGO

No os ceguéis. (*Pausa*).

SALAZAR

¿Y pensáis que los salvajes os lo dirán?

RODRIGO

Con paciencia.

MENDEZ

Con dulzura.

ANRIQUE

Poco a poco.

SALAZAR

¡Paciencia .. dulzura! la eterna cantinela! ya veis como estamos con la paciencia, con la dulzura, después de cuarenta años de guerra! Aquí hace falta que en vez de mantener prisioneros e indios ingratos dentro de fuertes y ciudades, se les ponga en una hoguera, empapados de brea y con un letrero en idioma inglés, flamenco y napoletano que diga: por traidores.

RODRIGO

Bien está.. pero entretanto...

SALAZAR

Y apercollar a todo fraile que quiera ir a Lima o a la península con chismes y consejos sentimentales. ¡Aquí no hacen falta letanías...! aquí falta garrote. ¡Vive Dios!

RODRIGO

Si pudiésemos saber dónde está la marquesa por medios tranquilos...

ANRIQUE

A fin de conservar su vida.

MENDEZ

¡Eso es!... Nada nos impediría después de recuperarla, tomar cumplida venganza.

SALAZAR

¡Haced como queráis! Al fin y al cabo vosotros mandáis; de mí se decir, señor maestre Mendez, que no doy ni pido cuartel. Muerta mi Isabel, traidoramente, castigaré cual merecen los traidores.

RODRIGO

Sin embargo...

SALAZAR

No me repliquéis, Rodrigo. La vida ya no me mporta; necesito ver sangre... mucha sangre... para ahogar con ella el excecrable crimen cometido en mi honra. (*Vase. Pausa.*)

MENDEZ

Oíd, Salazar...

SALAZAR

(Al salir)

Dejadme... ¡por Santiago! (*Sale.*)

QUIÑONES

No le falta razón...

ANRIQUE

El marqués. (*Pausa.*)

MARTÍN

(Entrando)

¿Han traído prisioneros?

MENDEZ

Sí, señor.

MARTÍN

Que los alisten; quiero interrogarlos.

MENDEZ

(A los oficiales)

Señores, servíos disponer que vuestros prisioneros estén listos al llamado del señor marqués. (*Saludan y vanse.*) ¿Me permitís, señor?

MARTÍN

¿Sabéis del capitán Alvar?

MENDEZ

Solamente lo que nos comunicó su mensaje de esta mañana.

MARTÍN

¿Según eso?

MENDEZ

Según eso ha derrotado a las hordas del toqui Pulonco y reconquistado el fuerte de Purén. Tiene cinco bajas, pero ha muerto doscientos treinta salvajes, amén de los heridos y prisioneros. Don

Alvar debe llegar hoy a este campamento, talvez dentro de un rato, en obedecimiento al llamado de Vuestra Excelencia, si ha salido esta mañana de Purén.

MARTÍN

¿A quién habéis dejado las tropas de Alvar?

MENDEZ

Al capitán Alcérreca

MARTÍN

¿Sabéis algo más?

MENDEZ

Todas las nuevas las sabe ya V. E. La reconquista de los fuertes y presidios de la Imperial, Ciudad Rica, Valdivia, y los fortines de San Felipe y los Gomeros. La muerte del toqui Antillanca y la prisión de Pelentaru, que espera vuestra alta justicia.

MARTÍN

(Con ironía)

¡La rebelión está dominada!

MENDEZ

Completamente, señor marqués. Nuestras armas, como siempre, victoriosas.

MARTÍN

(Con amargura)

¡Victoriosas las armas y vencido el caudillo, con mortales heridas en el ánima...!

MENDEZ

Señor... tened confianza.

MARTÍN

(Igual)

Triunfantes las banderas y prisionera la princesa! Regocijada la tropa y en escondida cueva de salvajes la casta esposa que yo... ¡miserable...! no supe defender.

MENDEZ

Quien sabe si Alvar os traiga alguna nueva.

MARTÍN

¿Cuanta gente hemos perdido?

MENDEZ

Desde la rebelión de Santisteban, cerca de doscientos castellanos.

MARTÍN

Y siete oficiales.

MENDEZ

Bravos capitanes.

MARTÍN

Entre ellos el valiente Jaime González!

MENDEZ

Murió acorralado en Ciudad Rica después de matar más de cien bárbaros.

MARTÍN

Desesperado y perdida la razón estuvo, con la muerte de su esposa doña Juana, aquella noche fatal de Santisteban.

MENDEZ

No recordéis señor...

MARTÍN

¡Ojalá mi Beatriz hubiera muerto también, aque-

lla noche aciaga...! en la gloria ella estaría, y yo entregado al placer de vengarla durante mis días...

MENDEZ

(Interrumpiéndole)

Señor... ¿deseáis saber noticias del pirata? Fué derrotado apesar de su traición.

MARTÍN

¿Vos habéis indagado algo más de la marquesa?

MENDEZ

Todo lo he dicho ya a Vuecencia.

MARTÍN

(Pausa, resueltamente)

Traedme una partida de prisioneros. (*Vase Mendez, derecha.*) Yo he de saberlo... he de saberlo... (*Imprecación*)... ¡aunque se interpongan los infiernos! (*Vase a su tienda. Vuelve Mendez, seguido de Núñez y hasta diez indios amarrados con las manos a la espalda, a una cuerda en común.*)

MENDEZ

(A los indios)

Pasad allá.

NÚÑEZ

(Con una huasca)

¡Arrodilláos! Arrodilláos! (*Se arrodillan.*)

MENDEZ

(Frente a la puerta de la tienda)

Señor marqués... los prisioneros.

MARTÍN

(Entra y se coloca frente a los indios)

¿De quién sois prisioneros? (*No contestan.*)

MENDEZ

Responded!

NÚÑEZ

¡Hablad!

MARTÍN

¿No oís? ¿No entendéis? ¿Qué capitán os aprehendió? (*No responden.*) ¡Ira del averno!

MENDEZ

(Zamarréa al primero)

¡Responde tú, idiota!

NÚÑEZ

¡Contesta, perro infiel!

MARTÍN

¡Habla, con mil demonios! (*A todos, gritando.*) ¡Decid, canallas de donde venís!

MENDEZ

(Al primero)

¿En qué combate caíste prisionero...?

CURIPÁN

En Llaima.

MARTÍN

¿Conoces a Pelentaru...?

CURIPÁN

Nó.

MARTÍN

¡Sí lo conoces! (*A los demás.*) ¿Conocéis, a Pelentaru? (*No contestan.*) ¡Responded! (*Exasperado, quita la huasca a Núñez y los azota.*) Responded, malditos, si no queréis morir a mis manos. (*Arroja la huasca, avergonzado.*)

MENDEZ

¿Sabéis dónde está la marquesa Beatriz? (*Los indios mueven negativamente la cabeza.*)

MARTÍN

(Aparte)

Dadme, cielos, prudencia! (*A Curipán.*) Tú, acércate.

CURIPÁN

(Se levanta, quiere acercarse, pero no puede)

No puedo.

MARTÍN

(A Núñez)

Soltadle. (*Lleva a Curipán a un lado.*) Oye

vas a morir en la rueda; pero yo te salvaré... si me contestas la verdad...

CURIPÁN

Pregunta.

MARTÍN

Tú estabas en Santisteban...

CURIPÁN

Sí.

MARTÍN

(Alegremente)

¡Ah! Viste a la marquesa ..? (*Pausa.*) La más hermosa de las damas que allí estaban .. (*Pausa.*) La que os llevásteis... Tú fuiste uno de los sublevados, yo te ví... pero te perdono... dime . te daré lo que pidas... mira... un traje... oro... un caballo... el mejor .. el que tú quieras...

CURIRÁN

(Titubeando)

Yo...

MARTÍN

...Este anillo... míralo...

CURIPÁN

(Decidido)

Nó .. no sé.

MARTÍN

(Desconcertado)

Sí sabes...! dímelo.

CURIPÁN

Que lo diga Pelentaru.

MARTÍN

¿Y tú...? Mira... yo te daré...

CURIPÁN

Nó; no sé... No me preguntes, español...

MARTÍN

Salvaje... ¡tiembla!

CURIPÁN

¿Yo? ¡Nó!

MARTÍN

(Iracundo)

Tiembla... ¡infiel! te haré morir descuartizado entre animales bravíos.

CURIPÁN

¿Luego? ¡Manda!

MARTÍN

(*Lo acogota, desesperado*)

¡Habla, miserable esclavo! Habla, renegado; no provoques mis iras, reptil inmundo... no me enloquezcas, bárbaro! (*Lo arroja al suelo.*)

CURIPÁN

(Se levanta rápidamente, con aire desafiante y pone los brazos para que Núñez lo amarre).

¡Matadme!

MARTÍN

Retirad a esa recua y amarrad a ése. (*Señala a Curipán.*) Aquí cerca. Lo llamaré luego. (*A Mendez.*) Sed servido de traer a Pelentaru. (*Se sienta. Vase Mendez y todos los indios, derecha e izquierda, respectivamente.*) Dadme astucia y fortaleza... patrona de afligidos.

MENDEZ

(*Entra seguido de Pelentaru, que va amarrado a la espalda; le sigue un vigilante armado*).

Señor marqués, Pelentaru.

MARTÍN

(*Con amabilidad*)

Avanza, Pelentaru. (*Avanza el indio.*) Mendez, sed servído de dejarme solo, y retirad la centinela a veinte pasos de aquí.

MENDEZ

Señor... tened prudencia ..

MARTÍN

Descuidad, Mendez Idos. (*Vanse Mendez y el centinela. A Pelentaru*) Pelentaru, de nada te ha servido ser testarudo. Ya se donde ocultas a mi Beatriz y pronto llegará a este campamento al amparo de mis banderas invencibles.

PELENTARU

Al saber donde está, ya debieras tenerla contigo.

MARTÍN

Llegará luego.

PELENTARU

Tu mujer murió.

MARTÍN

¡Mientes!

PELENTARU

¿La prefieres viva?

MARTIN

¡Calla...!

PELENTARU

Para qué me llamaste.

MARTÍN

Para decirte que te prepares a morir.

PELENTARU

Lo estoy desde el primer día en que empuñe mi lanza contra vosotros... y todavía la muerte no llega.

MARTÍN

Has cuenta que ya ha llegado.

PELENTARU

Parece que vuestros arcabuces y espadas no se atreven a herirme.

MARTÍN

El castigo llega, aunque tarde.

PELENTARU

Entonces llegará también para vosotros...

MARTÍN

Pelentaru... ¡no me provoques!

PELENTARU

¿Para qué me llamaste?

MARTÍN

(Aparte) Prudencia, cielos! (*Fuerte.*) Uno de los vuestros, de aquellos que atacaron a traición el fortín de Santisteban, me reveló el lugar donde ocultas a Beatriz... Me pidió en pago un caballo enjaezado, un vestido... y tu vida...

PELENTARU

(Extrañado)

Uno de los míos...

MARTÍN

Sí.

PELENTARU

¿Quién es?

MARTÍN

No puedo decirte su nombre...

PELENTARU

(Con desaliento)

Uno de los míos... ¡te ha pedido mi vida...!

MARTÍN

¡Sí...!

PELENTARU

(Pausa)

¡El pacto te conviene...!

MARTÍN

¡Quieres morir! No quisieras estar libre...!

PELENTARU

¡Yo!

MARTÍN

¡Tú!

PELENTARU

¡Y cómo...!

MARTÍN

Para vengarte del traidor que te ha vendido...

PELENTARU

¡No veo cómo!

MARTÍN

Tú vas con mis soldados a buscar a la marquesa... y en vez del otro, el libertado serás tú... (*Pausa.*) Si... prefiero que seas tú... yo te debo la vida... me la dejaste, por mi desventura tal vez, aquella noche de Santisteban...

PELENTARU

(Con entereza)

Te dejé dos cosas: la vida y la espada para que recobraras lo que te gané: tu mando y tu mujer... Ya tienes el mando; te falta la otra: recóbrala con la espada; estás en camino.

MARTÍN

Pelentaru. ..

PELENTARU

Me tienes en tu poder... véngate.

MARTÍN

(Aparte) Dios mío...!

PELENTARU

¡No quiero vivir! Soy viejo. El brazo se rinde con la maza, y las piernas no corren ligeras por los desfiladeros de la selva. Que yo muera! Odio la vida! En lo que de ella me resta no espero veros destruidos a mis plantas!

MARTÍN

¡Tanto nos odias...!

PELENTARU

¡Hoy, más que a la vida!

MARTÍN

Pelentaru...!

PELENTARU

¡Nó!

MARTÍN

Te niegas a traérmela...!

PELENTARU

(Con energía)

¡Sí!

MARTÍN

Pelentaru... morirás... piensa....

PELENTARU

(Con energía)

¡Nó, nó!

MARTÍN

(El actor ha de llegar a la exasperación.)

Morirás... ¡morirás, testaferro! morirás en un suplicio único, digno de tu salvaje extirpe y de mi atroz venganza. Morirás, miserable... comido de perros rabiosos, que te arrancarán ese corazón, si lo tienes, negro, hediondo, como nido de culebras venenosas. Me quitaste mi Beatriz... la

dulce niña enamorada que me entregó en custodia su cuerpo y alma... me la quitaste traidoramente, infamásteis, canallas, sus encantos... y tal vez, desesperada, la hicisteis desconfiar de Dios y perder su alma...! Bautizado estás, renegado... y podrías salvar la tuya con el arrepentimiento postrero... pero yo te haré morir inconfeso... y blasfemando .. para que el castigo de tu crimen execrable lo recibas en los malditos infiernos por siempre jamás...

PELENTARU

Si yo fuera de tus años... o un poco más joven que ahora... iría por tu Beatriz...

MARTÍN

(Sorprendido)

¿Eh...?

PELENTARU

...Y te la entregaría, a cambio de mi vida, y seguiría peleando, y te abriría las entrañas, y te mordería el corazón y me revolcaría ¡huinca! en esa tu sangre maldecida...! pero soy viejo! que yo muera... y que el indio que me vendió vaya por tu española.

MARTÍN

(Con alegría)

¡Vive...! vive mi Beatriz!

PELENTARU

(*Extrañado.*) ¿No lo sabíais?...

MARTÍN

¡Vive! Gracias, Dios mío...!

PELENTARU

Pero...

MARTÍN

(El actor ha de llegar hasta la súplica)

¡Vive! dónde! Anda tú, Pelentaru... ve a traer a esa infortunada princesa, que de tanto llorar tendrá sus fuentes secas. Anda. . araucano... tráela a mis brazos... devuélveme ese tesoro que me quitaste... no me tengas sumido en este bárbaro martirio... dime lo que quieres... pide... pero entrégame a mi Beatriz... toma si quieres mi vida y la de ella... pero no me tengas suspendido en este obscuro abismo y espantoso... Si en esa tu alma salvaje se ha refugiado un átomo de no-

bleza... si cuando cayó sobre tu cabeza el agua del bautismo dejó el Santo e Inmortal Espíritu la huella siquiera, de su paso... entenderás... Pelentaru valiente, que la esposa amada carne y alma es del dueño que eligió ante el altar del Dios único, de bárbaros y cristianos... Conmuévante mis palabras y sé magnánimo, grande úlmen de la araucana gente... Anda... vé... tráeme la Beatriz idolatrada y dispón de la vida y fortuna de este infeliz caballero, que por primera vez rinde la cerviz ante uno que no es su Dios o su rey... (*Se deja caer sentado con la cara entre las manos.*)

PELENTARU

(Con gran rencor)

¡Yo! nunca!

MARTÍN

(Se levanta) ¡Tamaña ofensa!

PELENTARU

¡Yo, jamás! Cuando el gobernador Villagra me quitó mujer e hijos, le rogué de rodillas que me los devolviera...

MARTÍN

¿Eh?

PELENTARU

Y el gobernador levantó su manopla... y me hirió en la cara...

MARTÍN

(Aparte) Dios santo... ¡perdido soy!

PELENTARU

(Con odio hiriente)

¡Que gran ocasión he perdido, por estar, como estoy, amarrado a la espalda!

MARTÍN

Ten la lengua, villano

PELENTARU

No siento la traición del indio por mi vida... la siento porque te devolverá esa mujer que tú buscas y apeteces y ya no tendré el consuelo de morir sabiendo que tus días serán de tormento y de agonía...

MARTÍN

Calla...! demonio...

PELENTARU

Ya no moriré sabiendo que tu mujer se arrastra por entre las rucas de Arauco...

MARTÍN

Calla... víbora ..

PELENTARU

Y que tú te retuerces de angustia por los pantanos de la selva...

MARTÍN

Calla...! demonio... calla...! que perdería mi alma si continuara oyéndote, reptil asqueroso... ¡A mí, centinelas! Maestre Mendez, venid! (*Llega el Centinela y Mendez, seguidos de Salazar, Quiñonez, Anrique y Rodrigo.*) Llevadle y dentro de media hora, amarradle a un tronco de potrillos y azuzadle la jauría! (*Se llevan a Pelentaru, derecha*). ¡Que muera, cual merece, comido de perros!

MENDEZ

¿Qué disponéis del otro?

MARTÍN

¡Garrote vil!

MENDEZ

¿Y los demás?

MARTÍN

Ahorcadlos a todos! Esta es mi justicia. Que acabe así, esta raza infame. (*Pausado y justificándose.*) Todos los medios tenté... ¡Dios me es testigo! (*Vase a su tienda.*)

SALAZAR

¡Por fin! por fin se decidió el marqués. ¡Por fin!

QUIÑONES

Esto debió haber empezado al día siguiente de la primera rebelión.

ANRIQUE

El único medio de someter a estos infieles es el terror.

RODRIGO

Ese es el medio de acabarlos... no de someterlos...

ANRIQUE

De eso se trata... de acabarlos, antes que ellos acaben con nosotros.

SALAZAR

Me parece un argumento de mucha consideración.

QUIÑONES

¡Mi proyecto! ah! mi proyecto! ¿Recordáis, capitán Rodrigo?

RODRIGO

Lo recuerdo; pero escusad; mientras estéis a

mis órdenes no lo llevaréis a cabo; y aunque no estéis ¡vive Dios! poco he de valer o yo os lo habré de impedir.

SALAZAR

Oh, capitán...!

MENDEZ

¿Qué proyecto es ese, capitán Rodrigo?

RODRIGO

Os lo diré luego, señor maestre general; necesitaríase no ser cristiano para consentirlo...

QUIÑONES

Los años os han hecho blando, capitán... debíais retiraros de la guerra...

RODRIGO

Eres atrevido y villano... Ten la lengua si no quieres que os castigue aquí mismo, con el plano de mi espada.

QUIÑONES

Espada cuelgo al cinto, capitán, y tiene filo.

RODRIGO

Por mí la cuelgas, ingrato; que tu destino era la fusta del palafrenero... (*Quiñones se abalanza desenvainando. Todos se interponen.*)

MENDEZ

Tenéos, Quiñones, y cuidad de no decir palabra que moleste a vuestros mayores... (*Pausa y transición.*) Como es necesario guardar el orden y dar a los castigos la imponencia que requiere su alto fin de escarmiento, servíos, señores, ordenar que vuestras tropas, encomiendas y prisioneros formen calle y cuadro a los condenados y al patíbulo. Teniente Anrique, haréis de escribano y leeréis la sentencia.

ANRIQUE

Seréis bien servido, señor maestre.

RODRIGO

¿Nada se ha sabido, señor maestre de la marquesa?

MENDEZ

Nada.

ANRIQUE

Nuestra bella marquesa Beatriz!

SALAZAR

¡Infeliz gobernadora!

RODRIGO

Diera gustoso mi vida por su libertad.

SALAZAR

Más valiera que hubiese muerto!

QUIÑONES

Mil veces!

ANRIQUE

¿Recordáis los juegos florales?

SALAZAR

Su pasión...!

RODRIGO

Yo mismo, a pesar de mis años y de mi rudeza no pude escusarme de prometer mi concurso a los que iban a celebrarse en Santisteban... ¡tan dulcemente lo pedía...!

ANRIQUE

Fueron sus últimos juegos...

RODRIGO

Vos estuvisteis.

ANRIQUE

Sí, señor capitán. Fuimos cinco los poetas de ese torneo.

SALAZAR

¿Solo cinco?

ANRIQUE

El marqués gobernador, el capitán Alvar, el maestre Alonso Díaz, el alférez Macedo y yo.

RODRIGO

Dos faltan ya.

QUIÑONES

Díaz y Macedo.

SALAZAR

¡Muertos!

MENDEZ

Acribillados los encontramos al día siguiente cerca del fortín.

RODRIGO

Dios los tenga en su gloria. Alonso Díaz mi maestre de campo fué y mi amigo, y mi hermano, durante quince años!

MENDEZ

¿Y qué se jugó en aquel torneo?

ANRIQUE

Una flor; en rigor no fué aquel un torneo; fué un deseo de la marquesa, que quiso oir versos.

SALAZAR

¿Y la flor?

ANRIQUE

La flor fué ganada por el marqués, pero la rehusó para que se disputara en más amplio concurso.

QUIÑONES

¿Es poeta el marqués, señor teniente?

ANRIQUE

(Con pedanteria)

¿Poeta...? En estos reinos hay apenas un poeta... de profesión; poetas de ocasión son todos los señores oficiales.

SALAZAR

Vos sois el poeta... ¿verdad Anrique?

QUIÑONES

¡Vos sois el vate...!

MENDEZ

¿Y cómo fué que el gobernador os ganó la flor?

ANRIQUE

¡Comprenderéis ..! es el gobernador... yo mismo pedí para él el premio... Además, recitó un famoso poema, el de Apolonio, de autor desconocido, bello, enorme, sin precedente... la explosión más bien pintada de la alegría medioeval y romancesca...

SALAZAR

¡Ah sí, ya recuerdo ..!

ANRIQUE

¿Conocéis el poema?

SALAZAR

Nó; pero oíselo recitar muchas veces al marqués. Tenía sus estrofas muy aprendidas y las decía con frecuencia, y con la habilidad y entonación de un representante de corte...

ANRIQUE

Aquello de... *(declamando)* «Venit los mis vasallos...».

SALAZAR

Sí... pero...

ANRIQUE

Alzad tablados muchos... (*Declamando*) mirat de quebrantallos...

MENDEZ

No los digáis vos, Anrique...

QUIÑONES

No los digáis, Anrique.

RODRIGO

Nó, nó; hoy no es ocasión...

ANRIQUE

Como gustéis... (*Toque de trompeta lejano.*)

MENDEZ

La trompeta de Alvar.

SALAZAR

¡Alvar!

QUIÑONES

El capitán Alvar. (*Toque de clarín en el campamento.*)

MENDEZ

Quiñones, Anrique, servíos ver que se reciba al capitán Alvar como corresponde. (*Quiñones y Anrique vanse derecha.*)

MARTÍN

(Entrando por su tienda)

¿Llega alguien al campamento, señor maestre Juan Mendez?

MENDEZ

El capitán Alvar... es su trompeta.

MARTÍN

Alvar... amigo fiel!

MENDEZ

No podía tardar ya...

BEATRIZ

(Gritos de mujer, lejanos)

Don Martín... don Martín... (*Al oir estos gritos se produce un movimiento de sorpresa en Martín y oficiales, los cuales están muy lejos de sospechar quien llama de esa manera. Escenas rápidas.*)

ANRIQUE

(De afuera)

La señora marquesa...

QUIÑONES

(Igual)

La gobernadora... venid! venid...!

ANRIQUE

Venid... acudid...

BEATRIZ

Don Martín (*Más cerca*) esposo, esposo mío... Don Martín...!

MARTÍN

¡Ella! mi Beatriz... dónde...! (*Sale, derecha, anhelante corriendo, sin sentido. Los oficiales le siguen. Atraviesan la escena, de izquierda a derecha, soldados y tropas, con demostraciones de alegría. Toques de clarín, petardos, gritos, vivas, Martín, afuera*) Beatriz...

BEATRIZ

Esposo mío ..! (*Continúan los vivas, gritos de alegría, petardos, etc.*)

MARTÍN

(Dominando)

¡Venit los mis vasallos! que vengan los troveros, decid cantares gayos (*Vivas*) echad las corbeteras, corred vuestros caballos. (*Vivas.*) Alzad

tablados muchos, mirad de quebrantallos. (*Vivas.*) Pensad como fagades fiesta grande y cumplida...

SALAZAR

¡Vivan los marqueses de Santisteban!

TODOS

¡Vivan...!

RODRIGO

Que viva muchos años el valiente capitán Alvar!

TODOS

Viva, viva ..! (*Entra Alvar con los vestidos desgarrados y sucios, casi extenuado, sosteniéndose en los oficiales y soldados qne lo rodean.*)

RODRIGO

Alvar! (*Abrazándolo.*) sois un valiente castellano!

TODOS

Que viva...!

ALVAR

Dejadme reposar, camaradas. Buena fué la lucha, y escabrosa.

SALAZAR

Donde... la encontrásteis... decid, valeroso capitán...!

ALVAR

Dios lo quiso, amigos, en compensación de nuestros ya largos sufrimientos.

ANRIQUE

Pero cómo... decid por Dios...!

ALVAR

Atended, ya que lo queréis (*Se sienta*) y perdonad, pues, aun estoy rendido. Obedeciendo la orden del Gobernador, me venía esta mañana, con cinco soldados, después del encuentro y reconquista de Purén, por una de las sendas extraviadas de la montaña con el objeto de burlar cualquier acechanza, cuando al atravesar una pequeña pampa divisamos a un grupo de hasta diez indios que corrían llevando sobre un caballo a

una persona que, al parecer, se resistía. A pesar de mi propósito de no empeñar ningún combate, no pude resistir al deseo de saber qué significaba esa extraña carabana; torcimos bridas y a galope tendido y campo atraviesa, nos lanzamos en seguimiento de los salvajes, los cuales al vernos, sobre sus huellas, volvieron cara y nos lanzaron sus flechas, sin dejar, por eso, de seguir algunos con el caballo de tiro. Pronto nuestras caballerías estuvieron sobre el grupo; matamos o herimos a los que se nos opusieron y dimos pronto alcance al caballo, sobre el cual encontramos amarrada y amordazada a nuestra infeliz marquesa, que durante cinco meses estuvo en horrible y para nosotros siempre oculto cautiverio. La tomé en mis brazos, desmayada, le arreglamos sus pobres y destrozadas vestiduras y mientras todos la servíamos con tierna solicitud, una horda de infieles cayó sobre nuestras espaldas y durante unos instantes creímos nuevamente perdida a nuestra excelsa princesa. El grave peligro nos dió bríos desconocidos y sin esperar triunfar huimos con nuestra preciosa carga, que continuó desmayada hasta cerca de aquí, donde tuvo la alegría de verse, por fin, entre los suyos.

RODRIGO

Brava acción, a fe.

ANRIQUE

Afortunado fuísteis, señor capitán.

SALAZAR

¡Mis parabienes más cumplidos (*Lo abraza*) valeroso camarada! Hoy es día de regocijo: recuperamos a la marquesa y dentro de un rato será descuartizado el infame y traidor Pelentaru.

ALVAR

(Con mucho rencor)

¡Pelentaru! pediré al gobernador, por única gracia, que me deje hundir mi puñal en sus puercas entrañas.

SALAZAR

¡Seré yo...! capitán, quien lo reclame para mi... (*Con odio.*) Acordáos de mi Isabel.

RODRIGO

Dejad, capitanes, que la justicia del marqués y la más alta de Dios se cumplan, sin que vosotros queráis enmendarla ..

ANRIQUE

Los marqueses ¡los marqueses!

RODRIGO

(Volviéndose a derecha)

¡Vivan nuestros gobernadores!

TODOS

Vivan... ¡Vivan muchos años! (*Se agitan los sombreros o cascos y manifestaciones de alegría.*)

ALVAR

(A Salazar)

¡Qué demacrada está! (*Entra Beatriz apoyada en el brazo de Martín y al otro lado Mendez y Quiñones. Beatriz va cubierta con una capa militar y debajo llevará ropas destrozadas. Siguen las demostraciones. Los soldados agitan sombreros y cascos y espadas y pendones. Los oficiales le besan la mano y doblan la rodilla a su paso. Martín y Beatriz vanse a la tienda.*)

SALAZAR

Dios guarde a la marquesa!

QUIÑONES

¡Viva el rey!

RODRIGO

¡Viva! Viva! (*Todos.*)

ANRIQUE

Viva por muchos años.

MARTÍN

(Entrando)

Basta ya, camaradas y amigos míos. Cesad en vuestras demostraciones de cariño, que luego llegará el momento que hagamos fiesta grande y bulliciosa en celebración de este día que jamás creí que alumbrara. Dejad... velad su reposo... el primero tranquilo después de medio año de espantoso cautiverio... velad, valerosos castellanos.. guardad el sueño de la marquesa Beatriz .. (*Todos retíranse en silencio.*) Alvar, quedáos (*Cuando todos han salido, se miran y se abrazan ardorosamente en silencio.*) Mi amado Alvar..! Aún no has terminado tu empresa de sacrificios y heroismos... Te falta el último, amigo fiel y predilecto.

ALVAR

Sabeis que soy vuestro, señor, en vida y muerte.

MARTÍN

El marqués, ni el gobernador, ni el príncipe existen para tí, Don Alvar de Mendoza. Para tí solo vive el infeliz tu hermano Martín Rodríguez, que te debe lo que no podrá pagarte ni aún sirviéndote de hinojos en el resto de vida que le has dado.

ALVAR

La marquesa Beatriz es nuestra, Don Martín, y por ella cualquier castellano ofrendará su vida.

MARTÍN

No me repliqueis, Alvar, sino para decirme que no me niegas el favor que voy a pedirte.

ALVAR

Señor...

MARTÍN

¡No insistáis Alvar! (*Pausa, emocionado.*)

Comprenderéis que la marquesa no puede continuar a mi lado... por mi desventura...

ALVAR

Necesita tranquilidad y reposo.

MARTÍN

Y además . (*Solemnidad*) sus encantos mancillados fueron... y un reptil asqueroso contaminó su cuerpo y dejó en su alma un sedimento amargo y viperino...

ALVAR

(Profundamente emocionado)

¡Oh!

MARTÍN

(Igual). Entre el infeliz esposo y la esposa mártir, no puede existir más que un beso tenue, posado por mi labio exangüe, sobre el ajado lirio de su frente. (*Pausa.*)

ALVAR

(Solemnidad)

Está su alma tan pura cual patena de Hostia

santa, que ángeles ofrendarían ante el Cordero sin mácula...

MARTÍN

Pues a El quiero ofrendarla. Te la llevarás, Alvar, al convento de las Claras, para que allí entre las vírgenes mande al cielo su plegaria... mientras que su caballero va tras la horda araucana, su vida rindiendo al rey... venganza dando a su dama... (*Tambor destemplado, que indica los preliminares de una ejecución.*)

MENDEZ

(Entrando)

Empieza vuestra justicia, señor marqués. Pelentaru se encamina al patíbulo.

ALVAR

¡Pelentaru! cualquier muerte será dulce para chacal tan inmundo!

SALAZAR

(Entrando)

Señor ..

MARTÍN

¿Qué queréis, Salazar?

SALAZAR

Hoy es día de regocijo para vos y concederéis mercedes. Nunca os pedí ninguna, y hoy lo hago, señor marqués.

MARTÍN

Pedidla, Salazar. Nada negaré a tan meritorio y valiente capitán del Rey.

SALAZAR

Permitid que yo cumpla la justicia que mandásteis sobre Pelentaru.

MARTÍN

Debe ser descuartizado por dos parejas de potrillos indómitos, y entregado a la jauría.

SALAZAR

Será como mandáis.

MARTÍN

Que no queden restos de sus carnes nauseabundas...

ALVAR

Y sus huesos quemados y aventadas sus cenizas en el chiquero de los puercos...

MARTÍN

Id. Os encomiendo mi justicia. (*Vase Salazar.*) (*Alzando la voz.*) Pasadlo por allí... que yo lo vea, que me goce en sus dolores... si es que puede tenerlos tamaña víbora. Partid. (*Tambor.*) Pelentaru! (*Sale Beatriz de la tienda.*) Bestia salvaje y execrable que tronchásteis el excelso encantamiento de mi vida...! Maldito.. ! maldito por siempre... y tu raza...! villana y esclava sea... mientras aliente un pecho castellano... (*Tambor.*)

BEATRIZ

(Interrumpiendo)

¡Nó, don Martín, nó! tened vuestra justicia...

MARTÍN

Beatriz...! (*La sostiene en sus brazos.*)

BEATRIZ

Tened por Dios, noble marqués... (*A los de afuera, gritando, detenida por Martín.*) ¡Pelentaru...! no le llevéis...

ALVAR

Vuestro verdugo...!

BEATRIZ

¡Nó! mi protector! Venid! (*Gritando*) aquí, Pelentaru...! (*Vienen soldados y Pelentaru.*)

MARTÍN

Deliráis. (*La sujeta.*)

BEATRIZ

(Se desprende de Martín)

Aquí, noble viejo! (*Se abraza a él. Escena rápida.*)

MARTÍN

Doña Beatriz. .! (*Quiere separarlos.*)

MENDEZ

Señora...! (*Id.*)

ALVAR

Marquesa...! (*Id.*)

BEATRIZ

¡Tened... soldados de España! (*Pausa.*) (*A Martín.*) ¡Si vuestra esposa vive...! si ha podido volver a vuestro hogar, solitario ayer... pura la frente... y con júbilo en el alma, ¡marqués de Santisteban! pagádselo al toqui Pelentaru!

TODOS

(Sorprendidos)

¡Oh! Ah!

BEATRIZ

Con más coraje defendió la honra mía, que atacó la fortaleza del conquistador. (*A Pelentaru.*) Contra todos, yo os liberto, Pelentaru! Partid! (*Cuadro general.*)

PELENTARU

(Forcejéa y rompe las esposas. A Martín, con rencor enorme)

Capitán del Rey... aún puedo esperarte en la

montaña...! (*Todos se abalanzan a cerrarle el paso y a prenderlo.*)

MARTIN

(Interponiéndose)

¡Plaza...! plaza...! al úlmen toqui Pelentaru. ¡Plaza!

PELENTARU

(Al salir, con mucho odio, a Martín)

¿En la montaña...?

MARTÍN

(Aceptando el reto)

En la montaña...! (*Sale Pelentaru, desafiante.*)

TELÓN

Obras de A. Díaz Meza

Bajo la Selva, comedia dramática en tres actos, premiada con Medalla de Oro en el concurso del Consejo Superior de Letras de Chile, 1914.

Con su destino, comedia en tres actos

Amorcillos, comedia en un acto.

El Tío Ramiro, juguete cómico en un acto.

Flores del campo, sainete en un acto.

Damas de Moda, (Divorçons) opereta en tres actos, música del Maestro A. García Guerrero.

Rucacahuín, zarzuela de costumbres araucanas, en un acto, dos cuadros y un intermedio orquestal, música del Maestro García Guerrero.

Jefe de Familia, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del Maestro García Guerrero.

EN PREPARACIÓN

La Diadema, drama en tres actos.

La Oruga, comedia en cuatro actos.

Mariposa, opereta en tres actos.

POLIZA N.7673